



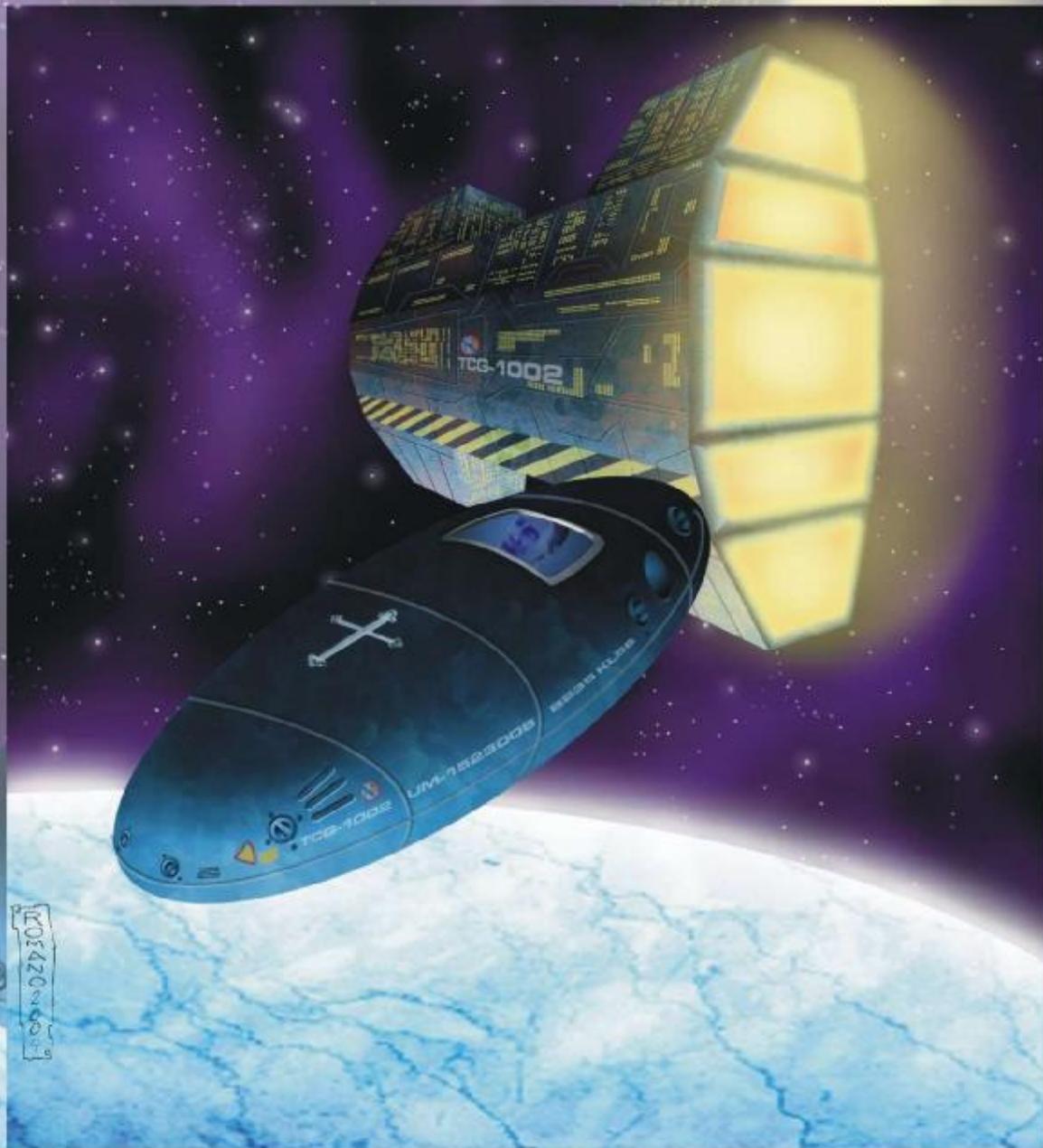
Alfa



ridiani

Revista de Ciencia-Ficción

Año I . Número 11 . MAYO - JUNIO - 2004



ISSN 1695-1859



Alfa Eridiani es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics... cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en editor@alfaeridiani.info.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Co-editor: Sergio Bayona Pérez.

Ilustrador: Guillermo Romano.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco. La ilustración es copyright de Guillermo Romano. La fotocomposición es © de Sergio Bayona.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

Editorial	2
Cuentos	4
EXTRAÑA DESPEDIDA	
por Francisco Ruiz Fernández.....	4
MORTER	
por Pablo Castro	7
LAS NUEVAS MISIONES	
por M ^a Concepción Regueiro Digón.	16
INVITACIÓN	
por Juan Pablo Noroña.....	29
EN EL DEPOSITO	
por Sergio Gaut vel Hartman.....	39
Poesía	49
ALFREDUS ELÉCTRICO	
por Alfredo Álamo.....	49
Artículos	53
BARBA GRIS DE W. Aldiss	
por Daniel Salvo.....	53
GUARDIANA DE LA CIUDAD	
por Luis Bolaños.....	56
GASTRONOMÍA Y CIENCIA-FICCIÓN	
por Víctor Pretell	58
SPACE OPERA: DESDE EL CORAZÓN DE LA CIENCIA-FICCIÓN	
por Reinaldo Avendaño.....	61
El rincón del lector	68
Ma-Ycro n° 0.....	68
Qliphoth n° 11	68
Noticias	70
PARA UNA ANTOLOGÍA DE LA INJUSTICIA	70

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com/>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com



Editorial

Estimados amigos:
Un nuevo Alfa Eridiani está en tus manos. Su principal novedad es que ahora se pueden seguir los links, pinchando sobre ellos se puede ir a la página de referencia.

En cuanto a los contenidos, reseñar cinco magníficos cuentos. *EXTRAÑA DESPEDIDA* de **Francisco Ruiz** tiene una curiosa historia. Es cierto que a mí me ha recordado a la *SEÑORITA DE TREVÉLEZ* de **Carlos Arniches**, pero eso es pura coincidencia. En realidad, se trata de un ejercicio para el Taller de escritores CF (<http://es.groups.yahoo.com/group/escritorescf/>), ejercicio que consistía en escribir un texto lo más breve posible, con significado, utilizando las siguientes palabras: anaranjado, acrobacia, alejar, amurallada, antro, añil, arlequín, planeta, pantomima, parihuela, perrero, pigmeo, polinizar, priapo, solitario, saturnal, sepelio, sentina, siembra, siniestro, sobaco sin omitir ninguna. Desde entonces, su autor lo ha estado retocando hasta su versión actual, sin que apenas se haya desviado del objetivo inicial pues, técnicamente hablando, sólo falta una de las palabras propuestas. Un trabajo excelente sin duda, prueba de ello es que se lo han aceptado en un lugar tan lejano como México para el *Expreso*, el suplemento literario de un periódico local, *El Eco de Guajanauto*. Como excelentes son también el resto de los cuentos: *MORTER* de este autor chileno, **Pablo de Castro**, asiduo colaborador de *Fobos* y asesor en TauZero, cuyo cuento nos habla de un *fugitivo* muy especial. Este cuento fue ganador de una mención en el Terra Ignota 2.002 y publicado en Estados Unidos en 2.003. **M^a Concepción Regueiro** nos recuerda las misiones de la II República en un relato, *LAS NUEVAS MISIONES*, que combina la space opera con la belleza del amor, en sus distintas versiones, altruista y no tan altruista, con la belleza de la poesía. *INVITACIÓN* de **Juan Pablo Noroña** nos da su personal y futurista versión del amor entre dos personajes alienados, el uno por la necesidad de complacer y el otro por su incapacidad de complacer. Mientras recapacitaba la frase, no dejaba de pensar que hay una cierta relación sadomasoquista entre los personajes, a nivel emocional, por supuesto. Completa esta sección, *EN EL DEPOSITO* de **Sergio Gaut Vel Hartman**, un relato perteneciente a la serie de los *Cuerpos descartables*, conjunto de cuentos que aborda distintas situaciones sobre la clonación de una forma que raya el humor negro. El cuento que hemos seleccionado narra el procedimiento estándar de esta clonación *sui generis*.

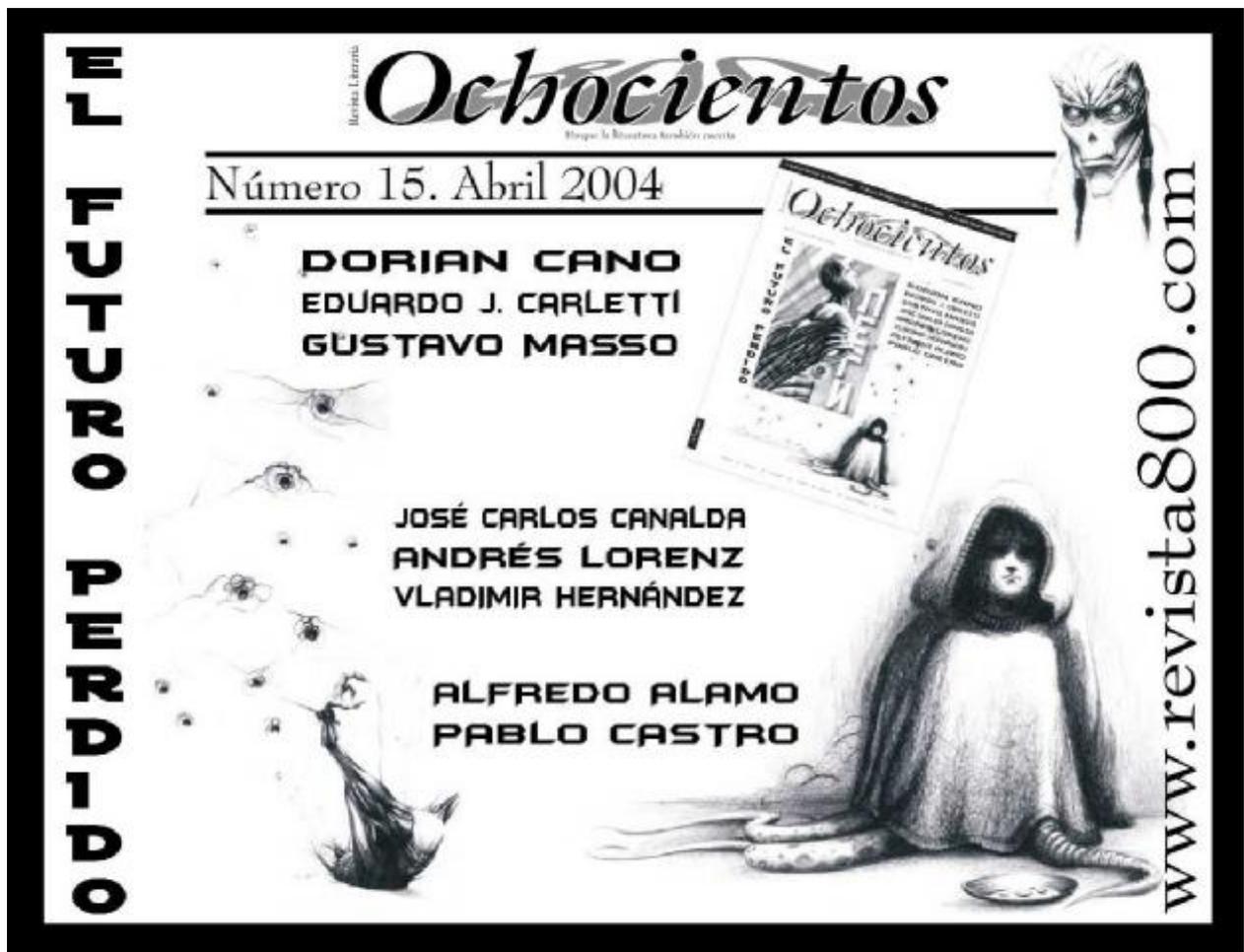
No nos hemos olvidado de los habituales artículos en Alfa Eridiani. La tónica será comentar un libro de la mano de **Daniel Salvo**, *BARBA GRIS DE W. ALDISS*, la imagen nos la propone **Luis Bolaños**, *GUARDIANA DE LA CIUDAD* de **Luis Royo**, y sendos artículos de profundidad, *GASTRONOMÍA Y CIENCIA-FICCIÓN* –¿Creyeron que la ciencia-ficción está reñida con la gastronomía?– por



Víctor Pretell y *SPACE OPERA: DESDE EL CORAZÓN DE LA CIENCIA-FICCIÓN*
por **Reinaldo Avendaño**.

En *El Rincón del Lector* comentaremos la reciente aparición de un nuevo fanzine, Ma-Ycro n° 0, mientras que en *Noticias*, nos hacemos eco de la convocatoria que hace la *Asociación Mexicana de Ciencia-Ficción*.

© José Joaquín Ramos





Cuentos

EXTRAÑA DESPEDIDA

Por Francisco Ruiz Fernández

Extraña despedida es uno de esos cuentos que explora los sentimientos de los personajes, unos personajes que viven en la desesperación y se refugian en el hedonismo y la guasa. Recuerdan un tanto a los personajes del sainete de Arniches *La Señorita de Trevélez* por el carácter provinciano que demuestra. La diferencia está en lo comentado más arriba: su desesperación ante la posibilidad cierta de no poder cumplir la misión para la que fueron preparados. Sin embargo y a pesar de la tristeza que empaapa el relato, este no deja de resultar divertido. Confío en que a ustedes también le guste.

En la siniestra oscuridad, desgarrada por la luz ciertamente fantasmal de unos candelabros medio destartados, resonó irreverente un clamor:
—¡So-ba-co! ¡So-ba-co! ¡So-ba-co! —gritamos todos a una mientras las plañideras, vistiendo el riguroso luto anaranjado, despedían con sus gemidos al amigo muerto.

Era perfectamente lógico, y todos lo sabíamos, su estupor y enfado ante nuestra actitud nada respetuosa. Para más escándalo de las plañideras íbamos completamente borrachos, cada uno con una botella de licor barato medio vacía en la mano. A esto había que añadir, además, la indumentaria: vestíamos extravagantes disfraces de arlequín, bordados con lágrimas rojas, casi como si se tratase de una burla a los tatuajes rituales que cual lacrimosas siluetas azules cubrían el rostro de nuestras compañeras. Ninguna parecía entender que toda aquella pantomima nuestra, simulando una saturnal romana (alcohol y caos en íntima conjunción), se reducía a un postrero homenaje a ti, Txan. Aquel grito extraño simplemente era otra acrobacia mental de las que tanto te gustaban, pigmeo borrachín, nuestro querido *so Baco*, capaz de vencer al mismísimo dios del vino en un duelo a copas.

Pero nada de lo que hicieran o pensaran esas falsas y llorosas criaturas, ancladas en un puritanismo ya caduco, podía cambiar la realidad. Y ésta se concertaba en que dentro de una mugrienta sentina, localizada en el sector norte de la nave (un antro sin ningún tipo de higiene, ejemplo máximo de decrepitud) se estaba celebrando el sepelio de una persona singular, el último de toda una tradición.



Tu muerte había sido anunciada en el día a día de tu obsesivo amor al fruto de la vid. Pero si bien dejaste un gran hueco en los corazones de tus escasos amigos, resultaba aterrador reconocer que la muerte del último perrero era un hecho menor en un viaje maldito por el destino a un planeta ya olvidado. Mas la degeneración, el reinado de la entropía, tiempo ha que tomó posesión de esta tripulación. La desidia se ha apoderado de nuestras vidas, y labores, antes bien regladas, han acabado en el olvido o a lo sumo mantenidas por cabezotas como tú.

Malos tiempos corren, y peores nos esperan.



El entierro prosiguió con la ya tradicional lentitud. Nosotros, en nuestra embriaguez, casi ni nos dimos cuenta. Pero al fin concluyó con el lanzamiento de tu cuerpo al exterior. El anómalo añil de aquella incomprendible región del espacio a la que la – mala – fortuna nos había enviado acogió tus restos mortales. Nuestra representación prosiguió, y fue entonces cuando nos desgarramos todas las vestiduras en muestra de duelo y pesar. Mientras me rompía el traje, en lo más hondo de mí una fibra, diminuta pero dolorosa, se quebraba al ver alejarse tus restos.

Irónicamente pensé en que quizás tú, borrachín empedernido, en éste tu postrero viaje conseguirías lo que nosotros teníamos como misión original, y que ya damos por imposible: propagar la estirpe del Hombre más allá de la Tierra, polinizar nuevos mundos. Quizá tu simiente, o al menos la de las bacterias que tu cadáver porta, perdure en otro lugar que no sea esta malograda nave; quizá la erección priápica que sufriste justo antes de morir no se tratara de un inútil y vano esfuerzo de tu subconsciente, y diera algún fruto; quizá allá en el vacío exterior te espere una desconocida amante, receptiva a una nueva siembra.

¿Quién sabe?

Desconozco lo que nos depara el destino, y supongo que moriré así, ignorante. Si he de ser sincero, me da igual.

El rito concluye, y yo me encuentro al borde la inconsciencia a causa del exceso de alcohol de vid hidropónica. Mientras mis amigos me llevan en unas improvisadas parihuelas hacia la cantina más próxima, mi ebria mente divaga sobre el destino final de esta multitud, de la enorme población de esta nave generacional, amurallada tras el kilométrico casco de acero y titanio. Por un instante viene a mi mente la historia contada de padres a hijos, aquella que narra



nuestra desgracia: descendemos de una tripulación que, generaciones atrás, contempló impotente cómo el curso de su viaje era trastocado por la presencia, insospechada, de un agujero de gusano.

¡Salud, compañero! ¡Salud! Tú abandonas ya este maldito viaje. Quizá descubras lo que hay tras ese velo de singular azul que nos envuelve con su extraña tersura. Es tan bello ese lienzo mortal...

© Francisco Ruiz Fernández.

Publicado por primera vez en *El Expreso*

(<http://www.correo-gto.com.mx/2004/mayo/090504/suplemento4.html>)

Ma-Ycro nº 0 saldrá a la luz el día V-V-MMIV, con tres relatos cortos como contenido. Se trata, por ahora, de un minifanzine de lectura rápida y maquetado en el ya casi abandonado A5 (cuartilla). La selección ha sido muy estricta, aceptando para este número solo tres relatos de la cerca de treintena que he recibido, y rechazado casi el 95% de los restantes. El nivel medio del terror en lengua castellana, por desgracia, es muy bajo (el menos a la luz de lo que me ha llegado).



Fanzine de Fantasía, Ciencia-Ficción y Terror:

<http://theplague.ci-fi.com/>

Golwen Revista Literaria

Cuentos de todos los Géneros. Artículos. Reseñas.

<http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/golwen.htm>

Suscripción: golwen-alta@elistas.net



MORTER

Por Pablo Castro

Morter es uno de esos cuentos que poseen múltiples capas. Una de ellas está representada por la lucha entre el bien y el mal, o entre libertad y la censura, entre perseguidos que poseen un don y perseguidores que desean controlar ese don. Sin embargo también es la historia de un amor paterno-filial que busca un futuro mejor para su prole.

Esa noche no podía morir. A mi lado Lemuel se quejaba entre sueños, aunque no era mi intención tocar el timbre. Una inyección más no lo salvaría y supongo que a mí tampoco. ¿Qué podía salvarme? La muerte. Mi propia muerte. Estructurada de manera que yo pudiese tener control de ella, guiándola hacia los planos, hacia los mundos que había visto.

Era cierto que había un mundo más allá de los ojos. Se lo había dicho a Lemuel, pero nunca me creyó, nunca observó en mis palabras la convicción que necesitaba para ser parte de ese mundo. Cuando me preguntaba dónde era, cerraba mis ojos y me esforzaba para que imitara mis movimientos. «Trata de imaginar... —le decía— no, mejor deja que tu propia cabeza emprenda vuelo y busca los planos que te rodeen en forma suave alejando los paisajes hostiles y las formas decadentes. ¿Qué ves? ¿Puedes distinguir tus propios impulsos cruzando infinitos umbrales, modelando cercanas sensaciones? Porque yo ya no puedo hacerlo. El mundo que vi estaba proscrito. Pero si te concentras lo suficiente serás parte de él.»

Por cierto, nunca era suficiente. No es que Lemuel fuese un niño torpe o ajeno a mis palabras. La enfermedad lo había transformado en un cuerpo derrumbado sobre la cama, aferrándose al vacío o bien a la oscuridad del día. Las metástasis sensoriales son devastadoras a la hora de intentar terapias de recuperación, porque desintegran precisamente el elemento que todos creen inviolable. La personalidad, el buen ánimo o los pensamientos positivos, todo eso se venía abajo antes de nada y el resto se convertía en una inevitable agonía, apagando cualquier luz interior.

Lemuel no creía en las estrellas. Por cierto que yo también las consideraba una estafa. Esa manera de contemplar el mundo me abrió sus puertas y todo hubiese sido desesperantemente normal de no haberle mencionado el mundo que yo había visto.

—Imagínalo como algo que siempre ha estado dentro de ti y que por alguna razón no puedes explicar— le hablé.

—Eso fue lo que me dijiste ayer. No veo nada. Veo destellos nucleares incendiando a la gente. Es increíble.



—Eso es lo mismo que veías ayer. ¿No te aburren las bombas?

—Son entretenidas. Imagino toda la secuencia desde que activan los códigos de lanzamiento.

—¿Y dónde termina?

—Depende de la cantidad de lugares. Una vez estuve toda una tarde destruyendo el mundo, ciudad por ciudad.

Lo creía. Podía ver sus bombas derritiendo el paisaje. Veía bombas estallando a quinientos metros de una ciudad, como cuando estallaban sobre Santiago, transformando el smog en una gigantesca cortina de fuego, quemando a la gente, como muñecos inflamables, pegando sus cuerpos al asfalto o a ellos mismos. Así murió Constanza y su hija. Estaba en el living con la niña en brazos, mirando con temor el pequeño jardín de la entrada, mientras la radio era sólo una señal de emergencia y los boletines de informes de prensa eran sólo ecos de tumbas lejanas, como si el mundo de hacía unas cuántas horas hubiese desaparecido y ahora una tormenta esperara su turno. Constanza no tuvo tiempo de reaccionar. Un segundo antes el silencio congeló sus movimientos. Un segundo después era toda luz, un rayo amargo derribando la casa, pero dejando el cuerpo de ella y su hija en pie, lo suficiente para que absorbieran millones de grados de muerte que parecían consumir las ideas o el instinto.

¿Y cuántos habían visto en detalle una explosión meganuclear cuadro por cuadro? ¿Cuántos podían imaginar que más allá de los ojos normales, aquello estaba sucediendo en el mismo lugar donde Constanza estiraba los brazos y trataba de imaginar cómo sería tener una hija?

Lemuel no te amargues, si sientes que sólo naciste para morir.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que los Frontales me detuvieron. No sé quién les puso así, pero suena extraño. Están en algunos planos. Se encargan de vigilar los umbrales y de monitorear quiénes pasan de manera ilegal por ellos. Lo hay de todo tipo. Me mantenían en ese hospital, de manera camuflada, seguramente porque el resto de la sociedad de este plano no tiene idea de que son sólo eso, un plano. Bloquearon mi mente, manteniéndome demasiado vivo.

—¿Así que tú puedes ver otras vidas? —preguntó Constanza.

—Precisamente —reí—. Es la primera vez que alguien lo dice en forma tan certera.

—¿Por qué? ¿Qué dice la gente?



—Me cree un hipnotizador o un shamán que se droga y ve cosas que el resto no.

—¿Y no es eso?

—Claro. Pero el asunto es que el resto podría hacerlo si quisiera —arriesgué.

—¿Cómo es eso?

—Bueno...

—Sucede Constanza que no soy un vidente. Soy un *Morter*. El término lo inventé yo y se ha expandido de manera increíble. *Morter* es una persona que puede alterar el flujo sináptico de sus neuronas en un proceso que modifica la realidad inmediata. Imagina a tu cerebro como una llave: te pasas la vida haciéndola girar en un sentido. Un *Morter* la empuja en la dirección adecuada y abre una puerta, cientos de ellas. Son umbrales por lo que puedes ingresar hacia planos paralelos de la existencia donde «oh» te encuentras contigo misma en circunstancias totalmente distintas a tu vida en este mundo. Veo eso. Veo tu vida y te hablo de ella. Con suerte descubro si eres feliz o no. ¿Quieres tener una hija? ¿Es eso, no? Bueno, tal parece que sí soy un vidente. Te mueres por una niña. Las vidas paralelas están, creo, conectadas y absorbes esa emoción. De ahí se explica parte de tu realidad.

—¿Cómo es eso?



—Bueno... si la gente le diera más tiempo a lo que puede imaginar —¿de qué estoy hablando?—... yo creo... que vería muchas cosas.

Piensas en una niña. La llamas Camila. De hecho se llama así en unos dos mil mundos. Pero por alguna razón, es una muy mala elección. En cada uno de esos planos algo sucede. A veces es tu propia muerte. A veces sólo fallece ella. A veces son cincuenta megatonnes que disuelven Santiago y es lo último que alcanzo a ver antes que me saques del coma y estos tipos me rodeen, poniendo sus armas en mi cabeza y tu mano ofreciéndome una identificación que parece dispuesta a abofetarme.

—¿Estoy detenido?

—Se acabó muertito. —Constanza sonrío. Es una Frontal. Se acerca a mis ojos— ¿Puedes ver lo que va a pasar?



Dos, tres, un gran golpe. Mi cabeza estalla y luego se comprime. A pesar de todo pienso en ella. Sus cuerpos, el olor de sus cuerpos pegándose. Todavía tengo ese olor, ese plástico humeante en mi sangre. ¿O en mi piel? ¿Constanza aúlla o ésa es mi voz?

—Aumenta la corriente. Contesta imbécil. ¿De cuál plano saliste?

Trato de morir. Verdaderamente trato de morir y ojalá todos conmigo. Dos, tres, un gran golpe. Los cuerpos quemándose. El rostro partido de la niña. El rostro de Lemuel. Los planos se superponen, se fusionan. Se congregan como sentimientos buscando un sentido.

Ahora aparece un enfermero, sin que nadie lo llame. Por la mascarilla que cubre su rostro creo que se trata de un Frontal, vigilándome. Pero ellos me querían vivo y el enfermero coloca su mano sobre mi pecho y descubro sorprendido que lleva un guante de EPM molecular. Miro su cara y noto la expresión sonriente.

Una sacudida y todo se viene abajo.

Le llamábamos Vertedero o también Eje-Existencial. Bueno en realidad no es ni una cosa ni la otra. Es todo al mismo tiempo. La basura se mezcla con campos ecológicos, así como la fantasía se funde con la decadencia y sólo tu mundo interior logra configurar aquello que por fin logras ver con algo de nitidez. Ni siquiera soy alguien aquí. Ni siquiera Steban, el enfermero con el guante. Aquí la identidad no existe. Sólo variedad y millones de posibilidades, una sobre otra. Cuerpos sobre cuerpos. Rostros ocultando y proyectándose de manera infinita.

Es inútil tratar de describirlo. En el mismo instante en que ves una ciudad o un cielo luminoso percibes un desierto metálico y una lluvia espesa oscureciendo los contrastes. Ahora un escuadrón de luces atraviesa el crepúsculo. En algún plano alguien las memoriza creyéndolas foráneas.

—A pesar de todo, este lugar me gusta.

La voz de Steban parece sonar dentro de mi cabeza, como si pensara por mí. Lo veo sentado sobre los restos de un cazabombardero alemán furtivo, de alguna guerra de un plano que aún no hemos visto. Más allá se forman montañas de restos anónimos y más allá de esos lugares se levantan ciudades y pequeños asentamientos, poblados que vienen de algún mundo y que no pueden ir a ninguna parte.

Dos tácticas estallan muy cerca y sus hongos me hacen temblar.



—¿No pudimos juntarnos en un plano residual? —digo cansado.

—¿Para qué? Además creo que todo esto también te gusta. ¿O no? O sea, por más que goces cruzando planos...

—¿Cómo me ubicaste? El bloqueo cubre la emisión de señales. O por lo menos se supone que eso hace.

—Se supone. En realidad fue sólo casualidad. Un tipo me pidió que lo transmutara a su niñez, lo usual, claro, aunque no me especificó nada. El problema es que había solo un plano donde podía seguir vivo en esa configuración, precisamente en su propio mundo. En el resto fallecía siempre a los siete, siete y un mes, siete y tres días, seis años y ocho meses, en ese rango de variedad. Me hice experto en salas de urgencia para niños. Cuando entré a ese hospital ya lo habían trasladado a la morgue. Por curiosidad me di una vuelta y encontré. ¿Quién es el niño?

—Pensé que ibas a preguntar cómo me atraparon.

—A la larga a todos nos localizan, creo. Bueno, es lo que te digo. Búscate un plano donde vivir porque un día vas a cerrar los ojos y sólo te vas a encontrar con nada alrededor.

—Lemuel es un *Morter*. Estoy seguro.

—Todos somos *Morters* —dijo escupiendo—. Tienes un problema, viejo. Te sigues sintiendo demasiado especial, cuando sólo eres un tipo que despertó y sigue vivo.

—Pienso distinto. Aún cuando sean ignorantes y no comprendan la habilidad para controlar sus neuronas... No es un problema neurofísico. Es mucho más que eso.

—¿Más qué?

—Ni siquiera tú o yo sabemos cómo o por qué somos capaces de modificar nuestra estructura mental. Sólo sabemos que podemos, no cómo, ni por qué...

—Manuel, cuando cayeron las naves...

—Sí, cuando cayeron las naves. ¿Y? Pero déjame decirte que mucho antes que yo ya había visto esos mundos. Sabía que existían.

—Imaginación.

—¿Y que me puedes decir de eso? ¿Qué es la imaginación? ¿De dónde viene? ¿No te das cuenta? Las naves sólo activaron la secuencia. Pero la capacidad no les llegó a todos.



—No te entiendo.

—Creo que las naves no eran lo que creíamos. No eran sólo artefactos alienígenas que produjeron el caos dimensional. Creo que las naves eran seres vivos. Estructuras mentales. Tal vez eran sólo neuronas gigantesas.

—Neuronas gigantesas — repitió incrédulo.

—Dejémoslo en seres vivos. Mentes que alteraron el flujo dimensional. Que tocaron al mundo de manera única e irrepetible.

Yo había visto esas naves cayendo. Había imaginado cientos de ellas colisionando con la Tierra. Esa mañana, cuando todo empezó, un eclipse tremendo estallaba en el horizonte y ya nunca más fue todo lo mismo. Los umbrales se abrieron y los planos semejaban una sucesión eterna de fotografías, unas sobre otras. Tenía siete años. Tiempo antes había ocurrido un accidente, cuando me golpeé la cabeza y perdí todo el conocimiento. Estuve muerto durante un minuto, en coma durante semanas, en silencio durante años. Pero había cruzado el umbral. Las naves imaginarias cayendo en mi mente eran la señal que yo no había entendido. Transmitida por ellas, sin comprenderlo.

—Tal vez todo el universo es un ser vivo. Una mente. Unas naves la abrieron para sí mismas. Cómo cuando ves a un niño morir o una mujer quemándose con su hija. Algo pasa entonces por tu mente. Algo estalla y bate alas propias antes que puedas derribarlo.

Me levanté.

—¿Qué haces?

—Tengo que volver. Tienes razón Steban. Necesito un plano. Un mundo. Pero no para vivir ahí. Lo necesito para empezar.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a sacar al niño de ese plano. No va a morir.

—¿Una transmutación?

—¿A quién? Es un *Morter*. No hay nadie como él en ningún plano. Voy a intentar una fusión.

—¿Qué? Amigo, estás bloqueado. No puedes cruzar un plano con el niño.

—De eso se trata la fusión. Voy a cruzar utilizando su propia estructura mental.

—Pero...



—Te dije que es un *Morter*. Siente que nació para morir, que después de eso no hay nada. Voy a cambiar eso.

—Hasta el momento no te ha resultado.

Era cierto. Pero me sentía lleno de confianza por primera vez, y mi experiencia me dice que cuando estás así lo único que puedes hacer es actuar. Además ya no quedaban salidas. Era la fusión o ver morir a Lemuel y después vivir eternamente con esa visión.

—Estoy listo. Regrésame.

—¿Te veré otra vez? ¿Bajo qué forma?

—¿Tú qué crees?

Una mano en el cuerpo y todo se vino abajo.

Sobreviví.

Los médicos me dieron por muerto y de verdad les sorprendió toparse nuevamente con mis ojos y el pulso constante. Fallecí durante un minuto pero allá en el Vertedero pasó casi una hora. Cuesta acostumbrarse, claro, pero después de un tiempo lo aceptas como parte de tu vida. Ninguna vida.

Me sacaron de urgencia y vinieron dos Frontales haciéndose pasar por policías para chequear mis signos vitales. Se fueron con una sonrisa, satisfechos de verme aún vivo y en plena recuperación. Pensé en Constanza.

Pero Lemuel ya no estaba en la pieza. Se lo habían llevado a una unidad de tratamiento intensivo. Una enfermera me dijo que estaba muy grave y que posiblemente no cruzaría la noche. ¿Dijo «cruzar»? Por un momento pensé que tal vez conocía la situación pero resultó ser una simple mujer bondadosa que sentía la muerte del niño. Le dije que necesitaba verlo.

—Pero hay órdenes de que usted no puede salir de esta pieza. Hay guardias afuera.

Pero había también una camilla y un montón de ropa y no fue difícil meterme entremedio. La mujer juraba que nos sorprenderían y que perdería su trabajo.

Yo sabía que de alguna forma eso ocurriría. Lemuel estaba despierto. La fusión entraría en marcha.



Me acerqué a su cama. Hacía rato que ya no era un niño, sino un animal o bien lo que queda de eso. Su piel oscurecida daba cuenta del trabajo de la metástasis.

—¿Cómo te sientes?

—Mal —dijo apenas.

—Eso fue lo que dijiste ayer —dije sonriendo.

—¿Manuel? —preguntó susurrando.

—Dime —respondí con un extraño temor.

—Necesito ver ese mundo... con urgencia. No siento nada bueno dentro de mí.

No se necesita atravesar miles de planos para absorber el hecho de que no poder darle a un niño lo que quiere con desesperación representa un final detonando de mil formas internas. Ya sea un juguete, un poco de plata, un ser querido, o un helado... negarle algo a un niño es la destrucción de toda inocencia, no del propio niño, sino del que vive dentro de ti. Ahí se comprende de qué está hecho el mundo, el poder extraordinario del dinero, la infinita cantidad de dolor que es posible engendrar, la futilidad de todo, la inmensa vaciedad. En sólo cinco segundos. Eso necesitas para que todo se venga abajo.

—Oye Lemuel —casi no reaccionaba— Lemuel, no te amargues. Sé que sientes que naciste sólo para morir de esta forma. Pero escucha: mis ojos de verdad han visto otros mundos, otros planos. Cuando los crucemos volverás a nacer.

No sé si la cadencia de mi voz sonó a alguien escondido dentro de mí durante años. Tal vez fue sólo un titubeo momentáneo de eso que llaman espíritu. Pero algo de vida temblaba aún en Lemuel, algo que por mucho tiempo quiso devolver, en una visión que era acertada, porque no había en definitiva otra. Pero algo sucedió, algo de verdad pasó, porque mientras su cuerpo volvía a mostrar el impulso de la respiración débil y dolorosa, vi (sí, pude ver) cómo una frágil lágrima barría con todo, derritiendo todo el plano, fundiéndolo en un calor revelador y poderoso, una fuerza nueva capaz de extender todo un mundo nuevo.

Entonces comprendí que no estaba solo. Comprendí que nada más era un fragmento de unicidad.

Las lágrimas corrían por el rostro de Lemuel, pero también reía, débil, y era su sonrisa la que me ataba a él. De alguna forma éramos la misma persona,



unidas no por un flujo dimensional, sino por una misma mirada o un mismo sentimiento, mucho antes que cayeran las naves.

Estaba pasando.

¿Era eso lo que veía? ¿Era eso lo que me estaba transmitiendo?

—¿Lo ves? ¿Puedes de verdad... verlo?

Yo ya lo veía. No existía bloqueo capaz de cubrir eso. Entonces dio comienzo a la fusión. En realidad la fusión había comenzado mucho tiempo antes.

Un minuto antes era un niño muriéndose. Un minuto después cruzábamos el umbral. Volvíamos a nacer.

No me importa la edad. No tiene más sentido. Un *Morter* es inmortal, precisamente porque no cree en la muerte. La muerte se inventó en edificios blancos que huelen a desinfectante y en iglesias muy elevadas y frías, engañando y torturando a los hombres. Aquí en cambio hay calor. Hay también tristeza, pero sé que la alegría vuelve otra vez. Es parte de un nuevo plano, del mundo que había sentido.

Soy Manuel y tengo treinta y cinco años. Soy Lemuel y tengo ocho.

Como Manuel me distancio de todo y recibo las cosas con intensidad y calma, controlando la vida y guiándola hacia donde Lemuel quiera ir. Como Lemuel tengo mucho qué hacer. Mucho qué inventar. Mi pieza es algo chica, pero es mía. Hay pocos juguetes, pero en mi cabeza atraviesan galaxias y destruyen planetas. No paso hambre. Hace poco frío. El colegio es normal. Los amigos son como siempre. El paisaje humano a veces me golpea y a veces me acaricia. De vez en cuando pienso que todo se vendrá abajo, aplastándome. Tiene sentido.

¿Pero saben? Ya no tengo miedo. Ya no me amargo. La muerte en mí no existe. Hay millones de mundos. Si me concentro lo suficiente...

Cuando quiera volveré a nacer.

© Pablo Castro

Pablo Castro (30) es científico político y colaborador permanente y consultor en materias específicas del e-zine Tau Zero. Su relato *Exerion* fue publicado en Estados Unidos en julio de 2003 y en el año 2002 obtuvo el premio Terra Ignota mención ciencia ficción por su cuento *Morter*. Publicado originalmente en *FOBOS* fanzine nº 12 (2001), fue ganador del Concurso Internacional **TERRA IGNOTA 2002**, mención ciencia-ficción (ver en: <http://www.terraignota.com/segundopremio.htm>).



LAS NUEVAS MISIONES

Por M^a Concepción Regueiro Digón

En esta, su primera colaboración para Alfa Eridiani, M^a Concepción nos envía una space opera con algunos elementos de ucronía. Se trata de una extrapolación de lo que hubiera sucedido si la II República hubiese tenido la posibilidad de implantar las poco conocidas Misiones Pedagógicas de la época en un ambiente extraterrestre.

La nave aterrizó con un ruido de tornillos sueltos y por la cabeza de Tina sobrevoló la ocurrencia de que sería absurdo ir a morir a años-luz de su casa por culpa de la torpeza de una compañía aeroespacial de segunda. La carga pareció moverse en las bodegas y ella sintió entonces un temor infinitamente mayor.

—Tengan cuidado, por favor —rogó a la tripulación—. Llevo un material muy delicado.

El piloto se limitó a lanzarle una mirada cargada de resentimiento mientras acababa de parar el cacharro. Otro gesto despectivo más a cargar en su cuenta particular de desolación desde que se había apuntado a aquella tarea. En realidad, otra nueva constatación de la idea de todo el mundo sobre su programa, una combinación de superioridad ante los idealismos trasnochados y de rechazo a un gasto considerado inútil frente al cúmulo de necesidades de la coyuntura nacional.

—¿Sabe si ha llegado alguno de mis compañeros? —preguntó de nuevo a aquellos hombres que empezaban a recoger sus cosas por la cabina.

—Y yo qué sé. Eso tiene que preguntarlo en la Agencia. Bastantes rutas llevamos como para acordarnos de todos los viajeros.

—No, claro —asintió acobardada. Nunca había sido capaz de soportar la grosería, encubierta o manifiesta. Bajó de la nave ahogada por la incomodidad de esa sensación y aún entorpecida por la misma llegó al control de viajeros. Éste era atendido por una mujer de edad indeterminada que solicitó su tarjeta oficial con un gruñido, otro elemento más a añadir a ese incomodo que amenazaba con convertirse en permanente.

—¿Así que de las Nuevas Misiones?

Tina dudó unos segundos antes de responder. Lo inesperado de su incorporación al programa aún no le había permitido percatarse de sus dimensiones reales. Años-luz y años de proyecto eran unas medidas demasiado terribles que no había conseguido asumir en forma de esa definición final.



—Sí, soy la coordinadora —dijo tras esos segundos de duda— ¿Sabe si ha llegado alguno de mis compañeros?

La mujer de edad indeterminada dejó su documentación sobre el mostrador sin contestarle y le hizo señas con la mano para que dejase paso al siguiente de la fila en un claro ejemplo de recibimiento poco cordial que en la academia preparatoria juraban que nunca sucedía.

El conductor de transporte terrestre que la llevó a su destino con el equipaje le hizo acceder al conocimiento de nuevas cotas de desinterés: se limitó por toda comunicación a un simple chasqueo de lengua cuando arrancó el vehículo y a otro doble cuando por fin la dejó delante de las oficinas del Prefecto de la Colonia, tras una carrera plagada de virajes bruscos y acelerones que a ella no le permitió siquiera mantener su primera toma de contacto visual con el planeta. Por el contrario, cuando consiguió poner sus pies en tierra firme, por sus retinas sólo bailaban los manchones rojizos del paisaje difuminado que únicamente había conseguido adivinar, unas manchas más propias de cualquier alucinación tóxica y que casi la hacen tropezar con el mobiliario de las oficinas en una entrada penosa a las mismas, absolutamente inapropiada para su categoría profesional.

Fue recibida por el máximo responsable de la colonia tras una espera de más de cincuenta minutos sobre el horario de la cita y pensó que, como descortesía, quedaban sobrepasadas todas las marcas permitidas. Enseguida pudo comprobar lo erróneo de esa apreciación.

—Así que tú eres la coordinadora de las Nuevas Misiones, ¿eh? Pues, perdona que te lo diga, pero creo que este invento es una absoluta tontería —atacó el mando antes de que ella se acomodase en la silla de su despacho—. A un jefe listillo allí en la Tierra le da por pensar que en las colonias somos una panda de brutos y no se le ocurre otra cosa que mandarnos a chiquillas como tú a que nos enseñen, a saber lo qué. Cómo si no tuviésemos aquí otras preocupaciones...

Tina sintió deseos en un primer momento de aclarar su auténtica edad, entrada con holgura en la treintena, pero su vanidad le hizo callar en última instancia ese dato.

—No es así exactamente, señor —masculló, en pleno tanteo del trato con quien debería ser allí su jefe directo—. El Jefe de Servicios Culturales sólo quiere que estas Nuevas Misiones Pedagógicas sean, como las de los tiempos de la Segunda, un vehículo de animación cultural. Se trata de...

—Mira, no me vengas con monsergas, que yo soy perro viejo —bramó el Prefecto—. Conozco bien a Emilio. Al fin y al cabo, hicimos algunas campañas juntos. Qué tío, no es capaz de olvidarse de sus clases de Historia en la Universidad. Él se inventó esto de las Nuevas Misiones Pedagógicas porque siempre le encantó esa época de la Segunda República y ya le tardaba desde su



encantó esa época de la Segunda República y ya le tardaba desde su cargo en repetir una actividad de esos años. Hay que ver, y menos mal que no es un experto en Prehistoria que, si no, era capaz de poner a pelear a los colonos con lanzas y escudos, por lo menos —Tina iba a recordarle que esa imagen era más propia de la Edad Media, pero su prudencia le hizo morder la lengua y limitarse a un leve encogimiento de hombros—. No te lo tomes como algo personal, ¿eh? —continuó el Prefecto en un raptó de algo parecido a la cortesía—, pero tú y tus compañeros vais a estar aquí por imposición de la Tierra que, si por mí fuera, os mandaría de vuelta en el primer transporte de regreso.

—Le aseguro que no vamos a ser ningún estorbo —interrumpió ella—. Nos dedicaremos a desarrollar nuestro trabajo de la mejor forma posible —se arrepintió del empleo del plural, pues desconocía por completo cómo eran sus compañeros.

—Si ya lo sé, mujer —afirmó aquel hombre, un poco arrepentido del tono utilizado anteriormente—, pero, con la de carencias que aún tenemos aquí, que sólo en cableados y en material para las canalizaciones, faltan por lo menos tres o cuatro transportes, aparte del personal de obra necesario, no se les ocurre otra cosa que enviarnos a un equipillo de maestros y licenciados en Letras y en Artes cargados de un material viejo que no sé dónde vamos a guardar. Ya me dirás si no es para cagarse. Podían haberse limitado a pasarnos por la Red Inter-Colonias toda esa información pero, no, parece ser que ahora hay que volver a los tiempos antiguos y traer toda la cacharrada aquí. Pues muy bien, veremos cómo nos apañamos. En fin, estarás muy cansada. Luis te acompañará al apartamento que compartirás con el resto de tu equipo.

Tina dudó sobre la frase final de despedida a adoptar pero, antes de que se pudiese dar cuenta, estaba acompañando al guía asignado. Éste era un hombre joven que, al contrario que los demás, empleaba un tono amable y sus modales también parecían por el estilo, a juzgar por su ofrecimiento espontáneo de ayuda con las bolsas que llevaba.

—¿Qué tal con el Prefecto? —el gesto de susto de ella era mejor respuesta que cualquier frase improvisada—. No te lo tomes a mal. Es un hombre con mil cosas en la cabeza y tiene bastante genio, pero no es mal jefe. Por lo menos, es de los que se preocupan de que las cosas funcionen.

—No, si yo no digo que no, pero es que aquí parece como si nadie tuviese interés en lo que traemos, y esto viene firmado finalmente por el propio Presidente de la República de España, así que no valen las protestas —se sinceró Tina. Confiaba en la discreción de aquel hombre. En general, confiaba en las personas de sonrisa permanente como él aunque, por otro lado, le importaba bien poco una hipotética interpretación errónea de sus impresiones. En el peor de los casos y, visto el futuro inmediato, hasta agradecería que en un momento determinado pudiesen enviarla de vuelta a la Tierra de forma definitiva.



—La verdad, aquí estamos todavía empezando, como quien dice. Llegamos prácticamente sin saber el terreno que pisábamos y cada día tenemos un problema, si no es por la canalización del agua, es por las fuentes de energía... En fin, que no estuvo muy bien pensada la idea de enviar las familias a instalarse de buenas a primeras pero, los políticos, ya se sabe... —resumió con la típica frase que encerraba el montón de decisiones apresuradas y de cara a la galería características del gobierno de su nación, bien conocidas por todos—. Los españoles siempre de Quijotes, como decía mi abuela. Y ahora, os envían a vosotros, que a mí me parece muy bien, ¿eh? Está claro que si seguimos en este ambiente, los niños se van a criar asilvestrados, así que un barniz de cultura nunca estará de más, pero si antes tuviesen la decencia de enviar los transportes de material que llevamos meses reclamando, estaría mucho mejor. Aquí es —concluyó parando delante de la puerta de un barracón, igual a las decenas que había alineados como cubos de lata sobre el terreno rojizo—. Ya sabes donde estoy si necesitas algo.

El resto del equipo de las Nuevas Misiones llegó tres días más tarde. En ese tiempo, Tina había conseguido hacerse con una primera impresión del lugar, por lo que se veía en unas condiciones adecuadas para la bienvenida. Así, tras presentarse y hacer un breve resumen de su trayectoria personal y profesional, solicitó lo mismo al hombre y la mujer, si bien conocía bastante sus respectivos expedientes.

—Yo soy Andrés, tengo treinta años y soy Licenciado en Bellas Artes y Master en Cinematografía de Géneros, y si estoy aquí es porque no me queda otro puto remedio. Esos cretinos de la Universidad creen que mi currículum es muy escaso, así que no hay más huevos que venirme durante un año como mínimo. Pero, no te preocupes, que voy a hacer mi trabajo lo mejor posible. Me ocuparé de que estos pobres colonos incultos sepan lo que es una pintura o una película antigua, que es lo que quiere nuestro bien amado Presidente, ¿no? Qué coño, casi recuerda a los antiguos reyes, derramando dádivas a diestro y siniestro, con esa preocupación de que todos los ciudadanos sean más listos que nadie —sus palabras chorreaban tanto desprecio que Tina se sintió obligada a llamarle al orden aunque, por otro lado, no quería empezar por un correctivo el primer día. Se limitó con un gesto a invitar a la otra compañera que expusiese su historia.

—Bueno, yo soy Belén. Licenciada en Archivos y Bibliotecas y Graduada en Educación de Adultos. Tengo treinta años también. Al contrario que otros, yo he venido aquí voluntariamente —dijo, mirando de forma desafiante a su compañero—. Ya de estudiante me encantaba la historia del siglo XX en general, y la de la Segunda República en particular, y eso de las Misiones Pedagógicas... ¿sabíais que crearon cientos de bibliotecas municipales en pueblos donde no había nada y que tuvieron en sus filas a gente como Casona o Cernuda? —comentó entusiasmada—. Ay, qué tonta, cómo no lo vais a saber, pero a mí es que es algo que me fascina, así que cuando me dijeron que la Jefatura de



Asuntos Culturales buscaba profesionales para enviar a las colonias en estas Nuevas Misiones es que ni lo dudé, vamos. Y, aquí estoy —concluyó con una gran sonrisa. Andrés mantenía su gesto despectivo, pero se abstuvo de hacer más comentarios. Tina, por su parte, albergaba serias dudas sobre la idoneidad del equipo. Por su experiencia profesional, temía tanto a los desencantados como a los demasiados entusiastas, y aquella pareja se movía en ambos extremos.

—Bueno, pues ahora podremos empezar de verdad —dijo desde la gravedad de su puesto, y sin querer dar demasiadas confianzas iniciales—. Como ya sabéis, éste es uno de los tres planetas que le tocó a nuestro país para su colonización. Hay unas quinientas personas ya instaladas. En su mayor parte, técnicos y personal cualificado, aunque también hay unas diez familias con niños pequeños, escolarizados mediante la Red Inter-Colonias, y con los que yo también haré trabajos de tutoría.

—Vaya, otra clase de la Academia —interrumpió con sorna Andrés, pero ella prefirió no hacerle caso y continuar:

—El planeta no es de los más distantes pero, según me comentaron, es mucho más pobre de lo que parecía, de hecho, la fuente con que se contaba en su hemisferio sur resultó ser una simple charca con un importante contenido en materiales pesados, muy difícil de potabilizar, por lo que todo el agua tiene que ser canalizada desde el lago del hemisferio norte, lo que les ha supuesto unos trabajos adicionales de ingeniería con los que no contaban. Por otra parte, los cultivos que esperaban obtener en estos meses no han salido especialmente bien, porque la tierra es bastante pobre en minerales.

—¿Y cómo trajeron tan pronto a tanta gente? —preguntó Belén, quizás con el primer rasguño sobre su entusiasmo.

—Ya sabes cómo es nuestro gobierno, siempre sacando pecho antes que nadie —explicó Andrés sin ser invitado, aunque ambas en su interior coincidían con su comentario—. Seguro que largó a todos estos pringados prometiéndoles un paraíso y ni se molestó en hacer un reconocimiento concienzudo de todo esto. A saber qué habrá escondido por aquí.

—Hombre, no seas paranoico —cortó Tina—. En principio, y según el informe de la Unión, éste es un planeta sólo habitado por microorganismos y con unas condiciones para la vida humana adecuadas. El problema ha venido sobre todo por la falta de materiales. Supongo que lo solucionarán en los próximos meses, antes de que llegue el resto de colonos de esta fase. Nosotros, de momento, sólo deberemos preocuparnos de nuestro proyecto, que es de lo que se trata —Andrés volvió a lanzarle otra mirada burlona pero ella de nuevo prefirió no hacerle caso—. La idea es que tú —dijo señalando a Belén—, empieces a organizar la biblioteca y, de paso, algunas actividades de animación a la lectura, tanto para los niños como para los adultos. Mandaron unos mil volúme-



nes en papel de diferentes temas, así como varios soportes electrónicos que tú deberás configurar según las necesidades. Te recuerdo que aquí hay una gran carencia a ese nivel, de la Red Inter-Colonias sólo se han bajado en todo este tiempo un par de libros de lectura y, para eso, de pornografía, y en los últimos exámenes se ha comprobado que estos niños tienen una gran pobreza de vocabulario, así que es quizás donde mayores esfuerzos deberemos hacer en principio.

—Eso, enseñadles a leer y yo, mientras, puedo descansar.

—En cuanto a ti, Andrés —masculló, conteniendo a duras penas un deseo irrefrenable de abroncarlo hasta la humillación—, entre el material me han enviado algunas reproducciones en lienzo de obras clásicas, calculo que unas treinta, en cambio, sólo hay tres pantallas pictóricas. Las que faltan serán enviadas en próximos transportes.

—Estupendo, encima tendré que trabajar sin material. Lo dicho, que estos primeros meses podré descansar lo que me dé la gana.

—¿Algún problema? —saltó Tina, en la frontera del grito— Si no quieres trabajar aquí, me lo dices y solicito un nuevo experto en Artes, que, por lo menos, debe haber cinco reservas.

—No, qué va —respondió él con docilidad, dolorosamente tangible el grave freno que para sus aspiraciones profesionales supondría ser devuelto de la Colonia por la coordinadora—. Quería empezar por montar alguna exposición pero, si está la cosa así, empezaré por las clases de pintura para los niños.

—Estupendo. Pues comencemos cuanto antes.

A las tres semanas de instalarse Andrés y Belén se produjo el primer incidente de gravedad en la colonia. El vehículo que transportaba a cuatro trabajadores que realizaban las nuevas canalizaciones del lago fue engullido por una especie de arenas movedizas, en un terreno donde nunca se había producido la menor inestabilidad. Pese a la rapidez de los equipos de emergencia, sólo pudieron rescatar los cadáveres. Eran los cuatro primeros muertos en un trabajo con unas condiciones habituales de seguridad excelentes y donde sólo se producían pequeños accidentes con las herramientas, siempre subsanables con el antiséptico y las gasas del botiquín de primeros auxilios.

Tina se enteró cuando estaba dando la primera de sus conferencias sobre literatura de mujeres de los siglos XX y XXI. El sonido de los comunicadores puso al principio una molesta banda sonora sobre su discurso y seguidamente se convirtió en el pistoletazo de salida de los que allí estaban hasta que finalmente se enfrentó a un público de sillas vacías. Fue cuando tuvo una sensación extraña por primera vez, pero ella la achacó a los nervios del momento. No era para menos, la colonia estuvo bastantes días abatida por aquella desgracia,



por lo que todos los esfuerzos que desde las Nuevas Misiones realizaron montando actividades variadas resultaron baldíos. Tina entonces tuvo que soportar por añadidura los bufidos continuos de Andrés, que no hacía más que quejarse del sin sentido del proyecto.

—Era lo que nos faltaba —repetía mientras servía la cena—. Estamos entre una panda de ignorantes que no sabrían hacer la “o” con un canuto y, encima, tenía que suceder esta desgracia. Ahora sí que vamos a ser un completo cero a la izquierda —concluía, al tiempo que recogía los platos, pues entre sus únicas virtudes reconocidas estaba la de ser una persona muy bien dispuesta para las faenas domésticas.

—Es un problema, sí, pero tampoco podemos ponernos tan negativos, hombre —protestaba Belén sin mucha convicción. Lo cierto era que desde la apertura de la lista de socios para la biblioteca no se habían apuntado ni cinco personas, y eso pese a la campaña previa que habían hecho por todos los medios a su alcance.

A los dos meses de su comentario, Andrés caminaba erguido con la autoridad de los que ven verificada su hipótesis. Las actividades realizadas por el equipo podían tildarse en su mayoría de fracaso. Los colonos no tenían el menor interés en aquella oferta cultural y, cuando eran consultados sobre sus apetencias, se limitaban a mencionar lo ocupados que estaban. Para escarnio de Tina, las estadísticas seguían demostrando que había el mismo consumo de programas y juegos recreativos de la Red Inter-Colonias, bodrios de sexo y violencia en su mayor parte, mientras que continuaban sin observarse mejoras en la demanda de productos o servicios considerados culturales. En las dos reuniones que había mantenido con el Prefecto, éste le había recordado con crueldad tal dato, si bien no se había solazado demasiado en los detalles. En esas fechas estaba demasiado preocupado reclamando informes geológicos pormenorizados tras los nuevos incidentes de hundimientos, esta vez sin víctimas mortales, que suponían la paralización de obras urgentes, algo que había amargado su carácter hasta extremos insospechados.

—Son unas circunstancias bastante complicadas —se disculpaba Luis cuando veía salir a Tina humillada—. Ya verás cómo mejoran las cosas cuando encuentren la causa de los hundimientos.

Si Andrés no aprovechaba para rematarla en su humillación era porque en esos momentos había iniciado su relación con Belén, un acontecimiento que suavizaba bastante su sarcasmo permanente pero que a Tina le suponía la incomodidad añadida de una situación de tales características. En un principio, la nueva pareja lo llevaba con relativa discreción, pasando las noches juntos y haciendo la pantomima de volver a sus respectivas habitaciones antes de la madrugada, aunque enseguida se cansaron del disimulo y, para disgusto de su coordinadora, absoluta convencida de la inadecuación de la mezcla relaciones



laborales-relaciones sentimentales, antes de una semana hacían la vida de una pareja normal, ocupando sólo uno de los dormitorios y mostrando la consabida batería de besos, arrumacos y cuanto gesto cariñoso suele exigir esa circunstancia.

Fue en uno de esos fines de semana en que los tres se habían quedado en casa cuando se produjo la tragedia de la cantina n° 2. Pese al elevado volumen al que Tina había puesto sus auriculares, en un intento de silenciar los jadeos y risitas que el escaso grosor de las paredes no disimulaba, el ruido de aquella construcción al ser tragada por la tierra llegó al tuétano de sus huesos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Andrés abotonándose torpemente su pantalón.

—Parece la cantina —gritó ella mientras salía corriendo y era de las primeras en llegar al lugar. Donde antes se levantaba el local sólo se podía ver un montón de arena removida. Alguna gente había empezado a excavar con sus propias manos y Tina se unió a ellos. No supo cuánto tiempo estuvo así. Por su cabeza pasaba en bucle la imagen de aquel sitio vista antes de entrar en su casa, un montón de hombres bebiendo y animando a gritos a las bailarinas del espectáculo de striptease que allí se representaba los fines de semana. Sólo paró cuando un miembro de los equipos de emergencia la apartó para que la excavadora pudiese trabajar. Se dio cuenta entonces de que sus brazos y sus manos eran una pura desolladura, pero hasta aquel momento no lo había notado.

El resultado final era dantesco: más de cuarenta muertos y sólo rescatadas con vida cinco personas, una de las cuales falleció en el traslado al centro sanitario. Las declaraciones de testigos y supervivientes dieron la voz de alarma: todo transcurría normalmente hasta que de repente pareció como si la tierra se abriese bajo los pies y chupase todo. No valían explicaciones de una posible inestabilidad del terreno cuando unos días antes el equipo de geólogos había revisado toda aquella zona y concluido que era de las más firmes del planeta. En la colonia se instaló entonces una paranoia que las conclusiones de los informes periciales agravaron aún más. Por el examen de los restos se deducía una retirada de la tierra bajo el local de forma intencionada que había llevado a ese enterramiento en bloque. Se insistía en la premeditación del suceso, imposible mediante la forma natural de corrimientos, y eso provocó que un par de familias recogiesen sus cosas y volviesen a la Tierra, aunque el resto no se planteó esa salida. A la mayoría ya no le quedaba nada ni nadie, en consecuencia, un regreso suponía una situación inmediata de pobreza, por lo que preferían seguir aguantando allí.

La cantina fue un nuevo golpe para el trabajo del grupo. Si antes apenas había participación en sus actividades, a partir del accidente la gente empezó a quedarse en sus propios apartamentos y a redoblar las tareas de aseguramien-



to de las construcciones. De la Red Inter-Colonias se descargaban los programas de siempre y otros más específicos de preparación para situaciones de emergencia, así que los tres se veían solos en el local destinado a Centro Cultural la mayoría de las veces.

En la única ocasión en que Tina intentó realizar un recital poético con los escasos adolescentes de la colonia, volvió a experimentar aquel extraño sobresalto. Los chavales habían acudido a desgana puesto que lo entendieron como un trabajo obligatorio para aprobar el curso, por lo que el par que salió al principio a recitar versos de Shakespeare y de Garcilaso lo hizo con el mismo entusiasmo con que acudiría a la consulta del dentista. Cuando uno consiguió enterarse de que aquélla sólo era una actividad voluntaria corrió la voz y antes de que pudiese impedirlo, se quedó a solas en medio de su recitado del poema de Cernuda «*Te quiero*», para ella, uno de los más bellos del autor del siglo XX y que, por el contrario, en aquellos muchachos sólo causaba el mismo efecto que una gota de agua rodando por cualquier tejado lejano. Más por su propia frustración que por su decisión de acabar con lo que se empieza, continuó con aquellos versos a voz en grito. Ya en los finales, el conmovedor «*más allá de la vida,/ quiero decírtelo con la muerte;/ más allá del amor,/ quiero decírtelo con el olvido*» tuvo la percepción más precisa de toda su vida: allí había alguien que atendía aquel poema, aunque en la sala no quedase nadie. Se sintió invadida por un terror intenso, nunca antes experimentado, y salió de corriendo del local. Llegó al apartamento tan demudada que Belén creyó que estaba enferma, pero prefirió no comentarle lo sucedido y atormentarse durante unos días con la idea de que se estaba volviendo loca.

Pasados otros dos meses, todo el planeta se encontraba en una situación de alerta máxima. Algo o alguien transitaba por el subsuelo y provocaba enterramientos intencionados de cosas y personas. La aparición repentina de unas imposibles arenas movedizas en los sitios más firmes acabó de demostrar que las condiciones geológicas no tenían nada que ver con todo aquello. Era un hecho constatable que no estaban solos y que, en su calidad de intrusos, corrían un serio riesgo permaneciendo allí. Al pánico general siguió la huida del resto de familias y de otros muchos en los últimos transportes que consiguieron salir de la colonia. El hundimiento de todo el módulo de aterrizaje cortó de raíz cualquier posibilidad de fuga en masa, pues los transportes debían esperar orbitando y la gente tenía que subir hasta ellos en naves pequeñas, una opción extremadamente peligrosa y que exigía unas dotes de pilotaje tan complejas que costó la vida de unos cuantos, finalmente convertidos en satélites de horror de aquel astro ya maldito. Ante unas circunstancias tan desesperadas, algunos dejaron escapar a la bestia que llevaban dentro y los escasos servicios de seguridad se vieron desbordados ante los desmanes de unos cuantos que, tras robar explosivos en los almacenes de obra, se dedicaron a detonarlos tras enterrarlos unos metros. En escasos minutos esa misma tierra succionaba a sus frustrados saboteadores sin dejar el menor rastro y sin que el resto de la gente se molestase en intentar su rescate, pues todo el mundo había compren-



dido que aquello era sinónimo de muerte segura. Los viejos habitantes del planeta imponían su ley, y ese enemigo era un ente desconocido en todos sus aspectos, lo que le hacía aún más poderoso. Sólo en una ocasión parecieron acertarle en una de esas explosiones aleatorias, pero únicamente se encontraron unos restos coriáceos chamuscados que no daban idea de las formas posibles de aquellos seres.

Ya nadie se acordaba de que allí tenían unas Nuevas Misiones Pedagógicas. La cultura se antojaba como ese elemento sin importancia del recuerdo general de días mejores, por lo que el equipo ni siquiera intentaba organizar la menor actividad. Por el contrario, permanecían en su barracón, esperando las órdenes de sus superiores. Éstas le llegaron a Tina cuando estaba encerrada en su habitación, recitando entre sus lágrimas de angustia y la media botella de licor sintético consumida algunos de sus versos favoritos, un *poupourri* de poesía española del primer tercio del XXI, algunos de los mejores poemas de Kavafis y estribillos de cánticos tradicionales que le servían en aquellos momentos para controlar sus nervios y, porque, no sabía cómo, notaba que a aquello que tan continuamente le provocaba esa sensación extraña, en esos momentos ya demasiado conocida, le gustaba. Esa entidad pareció incluso decepcionada por la interrupción, si se atendía a su desaparición momentánea. Tras verificar el mensaje por el sistema habitual, salió a contárselo a sus compañeros, quienes la esperaban acurrucados en un abrazo en el sofá del salón-comedor.

—¿Y bien? —preguntó Andrés. Dudó ante el tono a emplear, pero reconoció que la situación era bastante grave como para andarse con rodeos.

—El Gobierno de nuestra nación se declara en estos momentos incapaz de desalojar a todos los habitantes del planeta, con los medios de que dispone y dadas las circunstancias, en un plazo de tiempo breve. Va a pedir ayuda a otros países de la Unión pero, tal y como van las cosas, no creen que puedan conseguir algún medio de transporte de los que están por aquí cerca, así que, seguramente, los enviarán desde la Tierra.

—¿Cómo? —preguntó Belén con un gesto de incredulidad—. Así pueden tardar casi un año en recoger a los últimos.

—Sí, pero es lo que hay.

—¿Y qué quieren que hagamos nosotros? —masculló Andrés, abrazando más estrechamente a Belén. Tina aspiró una gran bocanada de aire antes de responder. Sentía miles de puñales en su interior.

—Nosotros somos funcionarios de la República Española en las Colonias Espaciales, Andrés. Según el reglamento, deberemos responsabilizarnos del material hasta que venga un transporte especial y podamos irnos con él, lo sabes tan bien como yo.



—Pero eso es imposible —protestó Belén en el inicio de un llanto incontrollable—. Esto cada día va a peor, ¿es que no se dan cuenta? Nadie podría aguantar aquí más de unos días.

—Qué quieres, Belén. Así están las cosas. Nuestro gobierno nunca se molestó en comprobar las condiciones de este lugar y ahora nos vemos en esta situación. Nos toca esperar y no hay más. Sabéis igual que yo que los servicios de seguridad podrían dispararnos si nos viesan ocupar una plaza en cualquier transporte.

—No pienso consentir eso —gritó de repente Andrés—. Esto es una completa locura que yo no tengo por qué pagar. Joder, si yo sólo quería estar aquí una temporada para poder trabajar en la Universidad, ¿adónde hemos ido a parar? —tartamudeaba, fuera de sí—. Me da igual lo que digan los reglamentos, Tina, tienes que sacar de aquí por lo menos a Belén. Escucha, tengo en la Tierra algunos ahorros. Te daré la clave secreta de mi banco si la metes en alguna nave y la envías de vuelta. Incluso podría darte la escritura de...

—¿A Belén? —cortó Tina, perdida ante el giro de la súplica.

—Está embarazada —confesó él entre lágrimas de impotencia—. No permitiré que le pase nada a nuestro hijo, ella debe salir de aquí.

—Bueno, en su estado a lo mejor... —respiró aliviada recordando la normativa del transporte sanitario.

—No pienso irme sola —interrumpió Belén, ahogada por sus sollozos histéricos—. Si él se queda, yo me quedo con él.

—Cariño, debes irte. Tienes que hacerlo.

—Ni hablar. Si tú no vienes, yo no voy.

Por la cabeza de Tina pasó una solución tan estrafalaria que decidió ponerla en práctica, sabedora de que, a veces, los planes más raros son los que mejor funcionan.

—Andrés, haz el favor, pon el brazo aquí.

—Soy la coordinadora de las Nuevas Misiones —gritó Tina al piloto del primer transporte sanitario que encontró—. Tiene que llevarse a mi equipo. Ella está embarazada y él acaba de partirse un brazo al ayudar a excavar en un enterramiento —dijo señalándolos. El médico de la expedición comprobó las pruebas de Belén y, tras reconocer por encima el brazo que Andrés llevaba en tablillado con las patas de una mesa, les hizo un gesto de que subiesen.



—De acuerdo, se vienen, pero ya sabe que, según el reglamento, usted deberá aguardar por el transporte especial.

—Claro, ya lo sé.



Prefirió no esperar a que la nave despegase ni demás gestos de despedida. Volvía andando al apartamento cuando los acontecimientos por fin se precipitaron. En una especie de ataque coordinado, cuanto objeto o ser había a su derecha y a su izquierda comenzó a hundirse, dejando ante ella un estrecho pasillo por el que echó a correr con todas sus fuerzas mientras veía como edificaciones, vehículos y personas a su alrededor eran devorados por las arenas rojizas y todo se convertía en un vacío aterrador.

El camino que esos antiguos habitantes del planeta iban marcando le hizo entrar en la biblioteca del centro cultural. Enseguida quedó aprisionada contra una de las estanterías, sin posibilidad de avanzar o retroceder. *Se acabó*, pensó horrorizada. Los temblores de los enterramientos hicieron que uno de los libros que allí se guardaba cayese en sus manos. Era una antología de la poesía de Kavafis, una de sus obras favoritas y, fruto de ese terror que no le permitía llevar a cabo ningún acto razonable y que, por el contrario, le obligaba a un gesto final propio y característico, lo abrió y empezó a recitar a voz en grito, en una especie de ritual improvisado para la muerte de una persona que había amado la literatura.

—*Amadas voces ideales / de aquellos que han muerto o de aquellos...*

Todo quedó quieto y en silencio, y la sensación extraña por fin quedaba explicada. Era una conclusión tan clara que se sorprendía de no haberla adivinado antes: a aquellos seres les gustaba que les recitasen. Eran capaces de eliminar a todos los intrusos, pero también eran capaces de reconocer la belleza de las creaciones que estos traían. Retomando hábitos de sus viejos tiempos como docente, se incorporó y, aclarándose la voz, empezó con la introducción que solía hacer en los recitales.

—Señores —dijo, a falta de una expresión mejor—, Konstantinos Kavafis fue un autor nacido en Alejandría en 1863 y muerto en esa misma ciudad en 1933. He empezado mi recital con el poema titulado «Voces», que sigue así...

Mientras recitaba los restantes versos sintió perfectamente la atención reverencial con que aquellos seres la seguían. Era demasiado increíble como para intentar entenderlo, así que se limitó a buscar la mejor entonación para las es-



trofas que esperaban en una página cada vez menos temblorosa. Sólo una idea seguía jugueteando en su cabeza: sus labores de animación cultural empezaban de verdad en ese mismo momento. Tenía los libros y tenía a unos destinatarios deseosos de ser introducidos en un mundo de obras sublimes al que nunca habían tenido acceso. Seguramente, nunca había estado tan próxima al espíritu de las primeras misiones de un tan lejano 1931.

© M^a Concepción Regueiro Digón

M^a CONCEPCIÓN REGUEIRO DIGÓN (Lugo, 1968) es trabajadora social de profesión, docente de FORMACIÓN NO REGLADA de ocupación, estudiante cuasi eterna de CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN y escritora esforzada en los ratos que lo anterior se lo permite. Tiene publicada una novela en gallego: TEMPOS AGRADABLES (premio *Mulleres Progresistas*-2001), así como un relato en la II Antología del Melocotón Mecánico y otro en el Libro Andrómeda SISTEMA BINARIO.



INVITACIÓN

Por Juan Pablo Noroña

Uno de los motores más poderosos de nuestra civilización es el amor. La concepción que tenemos de él ha variado a lo largo del tiempo, las máquinas ayudarán poderosamente a cambiar nuestra concepción que tenemos de él. Esta historia nos presenta una de esas nuevas concepciones. Sin embargo, también es una historia sobre un amor no correspondido o de la búsqueda de la felicidad a través de la compañía de otra persona y del miedo, tal vez la incapacidad, para comprometerse con los demás.

Toy like people make me boy like
Massive Attack

Era un día increíble, había un hombre en la puerta. Un hombre alto, moreno, de rasgos afilados. Sus ojos negros me miraron tal como los de un beduino acechando una valiosa caravana. Eso, por supuesto, me gustaba. También me dedicaba un preciso flujo de feromonas, justo lo necesario para mostrarme su interés y motivarme al mismo tiempo. Todo muy correcto y manejable por ambas partes.

—¿Tu nombre es?

El sonrió. Lo hizo exactamente cual debía hacerlo para agradarme, abriendo poco los labios y poniendo amabilidad en los ojos. Me tendió su mano con gesto decidido, y al aceptarla me correspondió su apretón firme y cálido. Maravilloso. Tenía todo lo necesario para atraerme a la primera.

—Sven Havel.

—No recuerdo dónde te conocí.

—El cumpleaños de Hori, anteanoche.

El cumpleaños de Hori había sido la bienvenida formal de mi nueva comunidad. Pasé revista a los nombres entreoídos. —¡Ah, ya! Eras rubio, más bajo, más... céltico.

—Entonces me recuerdas.

—Claro que sí. Rompiste récord de ojos en blanco.

—No entiendo. —Su expresión de asombro era cómica e indefensa, como me gusta en un hombre.



—Diez segundos después de comenzar a hablarnos pusiste los ojos en blanco durante más o menos cinco. Te bajaste todo mi fichero apenas conocerme.

Él puso cara de excusa. —Siento haberte dejado en lapso. Debí haber actuado con más cortesía.

—Podías haber esperado. Yo no me iba a ninguna parte.

—Me comporté como un jovenzuelo salvaje. Alguien debió pasarse en el alcohol del ponche.

Claro que le echaría la culpa al etanol y no a su pene ansioso por conocer cómo propiciarse mis agujeros. El pene debía estar siempre bajo férreo control, so pena de denunciar a su humano como un macho irrespetuoso y falócrata.

—Todos dicen lo mismo cuando no regulan responsablemente sus hormonas.

—Pero yo regulo responsablemente mis hormonas. Mira, en verdad me propasé en mi interés por ti sólo porque dijiste algo maravilloso sobre la noche, algo muy poético...

—Mi poesía está en la red. Pero supongo que mi cuerpo no. ¿A qué le vas detrás?

Se me quedó mirando por unos segundos, sorprendido por mi defensa agresiva, hasta que un destello de comprensión iluminó su rostro. —Ah, haces esto para mortificarme. Te gusta hacer bromas. Comienzas tus relaciones con extraños de esa forma.

Lo que más odio de la Red de Socialización Asistida es la manera en que lo hace todo predecible. Sin errores ni malos entendidos, es cierto, pero también sin sorpresas. La información contenida en el fichero de datos y análisis sobre la conducta pública de un ciudadano le permitiría a quien lo accediera manejarse con mapa dentro de una relación interpersonal con él o ella. Eso sin jamás llegar a detalles privados, pues al Sistema Experto de Autoconocimiento le bastaba con estudiar las acciones divulgables y colapsaría antes de comprometer la intimidad de ningún individuo. En un final se garantizaba que los contactos humanos fuesen seguros y pacíficos. Pero nada más.

—Me atrapaste. ¿Llevas mucho tiempo esperándome aquí afuera?

—Yo esperaría un día entero.

—¿Es esa tu forma de cortejar a una chica?

—¿Quieres descubrirlo?



Me mordí la lengua para decirle que no esperaba nada fresco ni novedoso de su galanteo si no lo generaba la I.A de Socialización Asistida en red. Él tenía las mejores intenciones del mundo: conversar interminablemente conmigo de temas apropiados y/o proporcionarme cuatro orgasmos diarios. Convenía ser amigable con él.

—No puedo decirte en público lo que me gustaría saber de ti.

Eso lo puso feliz. Me había mostrado disponible e interesada y ahora era correcto que él fuese a por todo y más.

—Me alegra mucho que quieras... conocerme mejor. ¿Puedo sugerir un encuentro para facilitártelo?

—Y yo puedo aceptar la sugerencia.

—Hay un café, el *Café Charla*, en la esquina norte de la plaza de los Cuatro Mártires. A la hora que tú escojas.

—Pues mira, hoy no. Mañana, que es feriado. Lo que es hoy creo que terminaré demasiado tarde. Mañana a las nueve de la mañana. Y como no tengo planes para el resto del día, todo queda a las intenciones. ¿Te gusta así?

—Por intenciones mías, no faltará nada.

Indudablemente todo se desarrollaría según nuestras intenciones. Nuestros autofenos ordenarían a las respectivas bioquímicas corporales la segregación de las enzimas de ver la vida color de rosa con un ligero tinte de lujuria. También ajustarían la organolepsia a percibir agudamente los placeres y en sordina los desagradados y molestias. Como punto final, al menos yo recurriría a Programación Neurológica Asistida por el Sistema Experto en red con el fin de convencerme de que todo iría bien. No había forma ninguna en que la carne vil o el voluble ánimo pudieran estorbar la voluntad de pasarla exactamente como deseáramos.

—Nos vemos entonces. Te dejo, forastero. Se me hace tarde para el trabajo.

Esa noche tuve la misma pesadilla de años. Yo entraba en alguna especie de fábrica y caía en manos de dos operarios vestidos con ropas de protección ABC. Uno tenía una gran I sobre el pecho y otro una A. Sacaban sendas hojas láser y comenzaban a rebanarme pedazos. El dolor era insoportable, pero no podía moverme, en parte por debilidad, en parte por una música suave que de algún modo se materializaba y me sujetaba. Cuando terminaban de cortarme, comentaban sobre si ajustaba o no, y me introducían por un agujero cuadrado



en la pared. A partir de allí perdía toda sensación excepto el tacto y me parecía estar incrustada en un espacio exactamente de mi forma. Me desperté temblorosa y cubierta de sudor.

Estaba muy mal.

La regulación de mi neuroquímica no bastaba para estar bien al otro día. Para no golpearme la cabeza contra las paredes le ordené a mi cuerpo dormir como una piedra y pedí una sesión matutina con el Sistema Experto de Autoconocimiento. Esta vez incluso lo dejaría trabajarme directamente en la memoria orgánica, por Interfase Sináptica Directa, sin verbalización ni monitoreo consciente. Pero era su última oportunidad de probar que era experto en mí además de en todo el mundo.

A las nueve de la mañana una ligera brisa algo pasada de nudos agitaba los toldos del *Café Charla*. Podía desatarse un huracán, si a mamá Naturaleza le daba la gana. Yo estaba allí contra demasiados vientos y mareas. Venía a aprovechar las cualidades humanas de Sven y su voluntad de agradarme. Me ordenaría a mí misma ser feliz junto al único tipo al cual no habían ahuyentado mis antecedentes excéntricos y asociales. Si quedaban grietas en el edificio de mi estabilidad, ahí estaba otra vez el Sistema Experto, capaz de poner todos los calzos y rellenos necesarios.

—Hola. Siento llegar tarde.

—No es nada. Te ves bien.

Según mi gusto estaba para comérselo.

—Tú también. Que bueno que te veo igual que ayer.

—¿Cómo osas decir eso, patán? Esta dama estrenó este vestido para ti.

—No me refiero a eso. Es que muchas mujeres acostumbran ajustarse al gusto de uno. Algunas lo hacen de un día a otro, otras poco a poco. Pero lo hacen.

—Bueno, todavía no he querido descargar tu fichero, así que mal podría modificarme el busto, la cara, la figura, las medidas de mi vagina, o cualquier otra cosa que no hubieras querido diferente hoy.

—Pero no lo habrías hecho. Tú sólo cambias tu feno por gusto propio.

—No exclusivamente. De cualquier manera, eres contradictorio.



—¿Porque me puse a tu gusto? ¿Vas a protestar por eso?

Me reí. En efecto, nunca en la vida me quejaría del uso tan exquisito de un autofeno. Sven había moldeado su estructura corporal, sus maneras y lo más visible de su temperamento en una obra de arte diseñada sin más público que yo en mente.

—En lo más mínimo. Pero a ver, porqué esas mujeres se fenoregulan para ti, si no te gusta.

—No lo sabían. Yo mismo no lo sabía hasta que hace dos semanas salió en una sesión de Autoconocimiento. El Sistema Experto me confirmó que era un sentimiento válido, no un capricho ni una pose.

—¿Y por qué no te gusta? ¿No te interesa el físico?

—Me importa lo suficiente. Pero muy poco en comparación con la espiritualidad. Es que cuando una mujer se modifica a mi gusto, parece que pensara que sólo me interesa su cuerpo.

—Ya. ¿Sabes que eres el primer hombre en mi vida que se toma tantas molestias conmigo? ¿Tú no serás un algún tipo de caso desesperado?

Él se quedó mirándome fijamente, sin decir una palabra. De seguro Socialización Asistida le habría advertido de mi sinceridad, pero el hecho manifiesto quizás lo chocaba un poco.

—No soy un caso desesperado. Simplemente estoy haciendo mi mejor esfuerzo. Estoy muy interesado en ti. Comenzó cuando dijiste aquello sobre la noche. Además creo que eres muy... particular. Diferente, especial. Las personas así no necesitan un cuerpo para atraerme. ¿Qué es un cuerpo?

En verdad, un cuerpo es nada. Es sólo el fenotipo, el cual a su vez es arcilla para las nanomáquinas capaces de manipular el más recóndito proceso biológico según las órdenes del autofenoregulador. Basta expresar un deseo consciente y articulado y el artilugio maravilla le hace entender a cada una de sus miríadas de minúsculas subordinadas la parte que le toca en cumplirlo y mantenerlo. Únicas fronteras, la viabilidad biológica y el sacrosanto genoma, intocable por ley.

—Bueno, si no es el cuerpo, no sé qué me encuentras. Verdad que soy diferente, pero la diferencia es que eventualmente todos me declaran insoportable e intratable y me recomiendan terapia. Es que no me cae bien casi nadie, y no consigo ocultarlo ni con Socialización.

—Quizás tengan razón sobre la terapia.



—Odio dejarme trastear por el Sistema Experto. Y no estoy segura de que todos deban caerme bien. Me es difícil hacer el esfuerzo de tratar a alguien como esa persona quisiera sin estar segura de que vale la pena. Y como esta forma de ser ahuyenta a la gente, y es tan incorrecto estar con alguien sólo por el sexo, no he tenido muchos compañeros. ¿Oye, tú no serás algo así como un buen samaritano?

—¿Siempre eres así de suspicaz? Creo recordar otras características en tu fichero. Ingenio, buen humor, creatividad. ¿Por qué no hablas de ti? ¿De tu poesía?

Mi poesía. Hace algún tiempo encontré unos poemas anónimos en la Red, y me hicieron reír y llorar como nunca en mi vida, así de buenos y próximos a mí eran. Pero más me reí y lloré cuando los reconocí como mis primeros y olvidados. Mis poemas no los he querido compartir ni con el Sistema experto, y doy gracias a los Cuatro Mártires por el slogan *privacidad es prioridad*. Se necesitaría bastante tiempo para que yo leyese mis poemas a Sven.

—Por tu silencio veo que no te gusta el tema. Mira, hablando de poesía, un amigo mío, biólogo como yo, hizo un drama sobre la vida de Russell. Está disponible en la Red en forma de guión para holoteatro. ¿Tu terminal o la mía?

—¿Una obra sólo sobre Russell?

—Los otros tres también son reflejados. Está buena, créeme. Creación Asistida la evaluó de sentida, muy personal, y llena de recursos. Se hace eco de nuevas evidencias sobre la personalidad de Russell. Siempre se le ha visto como un improvisado, un tipo de destellos, irregular. Pero eso es una distorsión de sus contemporáneos, que adoraban las personalidades desbalanceadas y con capacidades descompensadamente desarrolladas en una única dirección. Se ha investigado que él no era así.

—¿Y qué pasa en la obra?

—Bueno, se le ve yendo cada mañana al laboratorio, trabajando con tesón, un paso cada día. Haciendo las cosas en equipo, sacando lo mejor de sus colaboradores. Compartiendo cada éxito con su familia. Motivado y consciente acerca de la importancia de sus investigaciones.

Magnífico. Iría a ver un bodrio correcto y de correcta factura hecho entre un biólogo con inquietudes dramáticas y Creación Asistida. Sin embargo, valía como excusa de la compañía de Sven y una oportunidad de estar a solas con él.

Al irnos pasamos cerca de las estatuas de los Cuatro Mártires y me aproximé a ver la tarja. Sentía curiosidad, pues en cada ciudad ponen algo ligeramente diferente.



A Russell, Godaut, Chen, Osmendi.

Creadores del Autofenoregulador y la Interfase Sináptica. Brutal e inútilmente asesinados por la Iglesia de los Patriarcas Arios y las corporaciones de fármacos y cosméticos para impedir que divulgaran su invento en bien de la humanidad. Desde hace 60 años vivimos en un mundo feliz gracias a ellos.

Vimos la obra en mi casa. Era algo sobre el esfuerzo continuado, las buenas intenciones y la calidad de vida como verdaderos motores del desarrollo humano. Redondeaba la idea a través del único personaje negativo, un tipo que se autotitulaba genio, a pesar de ser un inútil intelectualmente improductivo, además de intratable, insoportable, insensible, irresponsable e inestable. Resultaba ser víctima de un hogar disfuncional y un terrible complejo a causa de sus piernas y su nariz. Por desgracia, Sven me impidió manipular los rostros de las hologramas, con lo cual nos hubiésemos reído de lo lindo.

—Es una porquería.

—Vamos, vamos. No has observado bien los valores.

—No tengo ganas de conectarme a Creación Asistida tan temprano en la mañana. Y es una porquería porque... no sabría decirte. Gracias a Creación Asistida, le faltan errores que te salten a la cara. Pero igual lo es.

—Eso es muy subjetivo.

—Es tan mierdera como todo lo de Creación Asistida. Dile a tu amigo que a Tespis no le gusta el sexo anal, que no insista en hacérselo.

—Si estás tan prejuiciada con Creación Asistida, mejor no te muestro mi cerámica.

—No estoy prejuiciada con tu cerámica. Quiero verla y tomar té en ella, si sirve. Pero esa obra de tu amigo sólo da para burlarse.

—Él canalizó energías y emociones muy importantes en ese guión.

No estaba disfrutando la conversación, por tanto di los pasos necesarios para ponernos en un estado más placentero. Lo dejé agotado y durmiendo. Después de dos horas de ejercicio... intenso.

Me levanté y fui al baño apenas tuve voluntad para apartarme de su cuerpo. Me gusta estar limpia y sin sudor en la piel. Aproveché para admirarme en el espejo. Todos son felices simplemente con tener la apariencia deseada, pero



la mía es fruto de mi objetivo buen gusto, exigente como no lo es ningún ego. De vuelta escogí alguna ropa masculina para reemplazar la de Sven. Siempre mantengo bastante en el ropero, por si me da por una fenoregulación radical. Sven ya estaba despierto.

—No me gustó que cortaras la conversación de esta manera.

—Estabas empeñado en hablar de esa porquería.

—Era un sujeto de comunicación tan bueno como cualquier otro, para empezar.

—Si el sujeto es una mierda, nos comunicamos mierda.

—Bueno, olvídate de la obra. Lo que hiciste no estuvo bien.

—Vaya una sorpresa. Pues no decías eso.

—Liberaste tantas feromonas que me hiciste perder el control.

—Podrías haber regulado tu receptividad. Sabes, no puedes tener una erección como esa completamente contra tu voluntad.

—No conviertas el sexo en química. No es correcto usar sexualmente a otra persona, menos sin su voluntad expresa. Yo no quería esto tan pronto. Espero una relación profunda. Ambos lo necesitamos.

Me senté en la alfombra dándole la espalda. Era algo molesto encontrar aquella compatibilidad sexual mezclada con tanta seriedad. Tampoco me gustaba la frase *ambos lo necesitamos*.

—Oye, y si te dijera que no deseaba de ti más que esto.

—Eso es mentira. Si fuera verdad, sería un intento de reducir a lujuria ocasional tus reprimidos deseos de un compromiso.

—No ocasional. Si va a ser así de bueno, mejor dejarlo regular.

—No seas infantil. Somos adultos. Ya los dos pasamos la etapa de exploración sexual. Necesitamos exploración sentimental.

Sven quería ser mi príncipe azul.

—¿Realmente? ¿Con qué propósito? Mira, nos gustamos, y podemos hacernos compañía. ¿Qué más quieres?

—Tienes problemas, Daisy. Graves. Yo quiero ayudarte. Necesito ayudarte, si vamos a ser honestos.



—¿Cómo es eso?

—Descubrí, por Autoconocimiento, que no me aporta nada ninguna relación si yo mismo no apporto algo necesario y fundamental a otra persona. Y tú necesitas estabilidad emocional.

—Me voy. Ninguno de los dos tiene nada que hacer aquí. Cuando vuelva, no quiero encontrarte.

—¿Adónde vas? ¿A escribir poemas tristes? He visto los pocos que pusiste con tu nombre en la Red. Son realmente buenos. Mucho más que los holoteatros de Roger o mi cerámica. Pero son tristes. No te hacen bien. Disfrutas demasiado su tristeza. Necesitas algo que te haga bien.

Sven quería hacerme el bien. Por supuesto. Él nunca haría nada por malo. Nunca había sufrido ningún daño que no reparase, ni había sentido miedo o dolor. Rebosaba autoestima y buenas cualidades, la felicidad era su estado natural. Todas esas características tienden a usar a unas personas para propagarse a otras. Por ejemplo, a mí.

—Sven, voy a ser honesta contigo. Soy un bicho raro. Como no me gusta el Sistema Experto, nunca sabré por qué ni cómo remediarlo. Como bicho raro, estoy sola. Y tú no eres mi príncipe azul, pero hubieras sido buena compañía. Al menos, agradable. Mis planes eran convivir contigo a golpe de autofeno y Redes de Asistencia. Iba a hacer concesiones con tal de no estar sola. Pero tú quieres demasiado.

—No quiero demasiado. No te entiendo.

—No pongas los ojos en blanco. Ninguna Red de I.A de Asistencia funciona conmigo. Sven, lo necesario y fundamental que querías aportarme era hacerme ajustada y contenta como todos. Cambiarme por una mejor Daisy. ¿Verdad?

—Espera, lo estás malinterpretando.

—No me gustan tus planes conmigo. Me gustan mis poemas. Mi único problema es la soledad. Nadie me entiende, eso es todo. Ahora vete, por favor.

Él comenzó a balbucear su perplejidad. Quizás creía estar herido o adolorido.

—Sven, vete. No te va a pasar nada si das la vuelta y te desapareces de mi vida. El Sistema Experto te dará un buen masaje y te pondrá en la mejor forma emocional posible. Vas a tener un pico de euforia y deseos de vivir cuando él te suelte.

—¿No sientes ningún respeto por los sentimientos ajenos?



—Sven, no seas ridículo. No tengo ningunas ganas de hacerte daño, pero, por favor, vete y no vuelvas a buscarme. Y si le coges gusto a eso de ser rechazado por mí y que después te arregle Autoconocimiento, te acusaré. Te sorprenderá saber cuán criminal puede considerarse el instinto de reproducción en ustedes los hombres.

Sven finalmente se fue. Yo me quedé, como siempre, sola como la una. Hasta el día de hoy no sé si hice bien.

© Juan Pablo Noroña

Juan Pablo Noroña es licenciado y redactor-corrector emisora Radio Reloj. Entre sus obras publicadas se encuentran un cuento en la antología *Reino Eterno*, Letras Cubanas, 2000; varias colaboraciones en el fanzine de Literatura fantástica *MiNatura*. *HERMANO CÓSMICO* en *La Guayaba Mecánica*. Fue ganador del 1er. Premio Concurso de Cuento Breve *Media-Vuelta* y finalista del Concurso *Dragón*, Cubaficción 2001. Así mismo es activo participante en las discusiones del Club de Lectura Ucronía.

SITIO DE CIENCIA-FICCIÓN

<http://www.ciencia-ficcion.com> el referente ineludible de la ciencia-ficción en español



Si te gusta leer. Si te
apasiona escribir.

Revista de Escritura Creativa

Nitecuento

Colaboraciones, suscripciones e información:

Susana García

Apdo. Correos 38072 - 08080 Barcelona

nitecuento@teleline.es



EN EL DEPOSITO

Por Sergio Gaut vel Hartman

La muerte es un tema que siempre nos ha asustado, tal vez porque tenemos consciencia de nosotros mismos y aspiramos a la inmortalidad. Una fórmula para sortear a la tan temida parca, es la de proporcionarnos un cuerpo de reemplazo. La clonación por sí sola no es suficiente, también habría que proporcionar los recuerdos al individuos. Sergio Hartman aborda el tema, así como sus consecuencias éticas y morales, en su serie de *Los cuerpos* de la que este cuento es solo una muestra.

—Diecisiete Hache. —Virginia bajó al depósito haciendo flamear una hoja de papel—. Cuelga de un hilo; hay que inflarlo, rápido —pronunció las palabras mágicas al pie de la escalera, alimentando la urgencia con su habitual ambigüedad—. Le quedan un par de horas. Seis, tal vez. ¿Doce?

—¿Diecisiete?

—Eso dije. ¿Hablo mal? ¿No se me entiende?

—Dijiste doce.

—Doce horas. Cuerpo Diecisiete, Hache. —Ángel tomó el memorándum que le tendía Virginia, lo leyó atentamente colocándolo bajo la lámpara; sacó una chinche del cajón y lo clavó pomposamente en la madera.

—Diecisiete Hache está casi vacío —dijo Ángel.

—¿Qué nos importa? La decisión viene de arriba. Korps acuerda con los moribundos y sus deudos. ¿Son deudos igual? —Virginia hablaba con afectada indiferencia, burlándose de los vivos y los muertos con idéntica frivolidad.

—Una complicación, nada más. El erizo está vacío, en este caso. Un inflado con pocos recuerdos es una complicación para todos, especialmente para la familia, si tiene. —Ángel prefería pasar por alto los comentarios de Virginia, en especial los morbosos comentarios acerca de los transferidos y sus parientes.

—La que le espera a la mujer de éste, pero las mujeres nacimos para sufrir —dijo Virginia con una mueca que hubiera servido para freír a cualquiera que no fuera Ángel.

—Veamos la ficha —dijo él, a la defensiva—. Diecisiete Hache. Empleado en la cueva de los prestamistas adonde vas a cambiar dinero. Original. Eso significa que conociste al original. La mayoría de los que inflamamos hasta ahora son



bancarios o vendedores de seguros; treinta años, casado, sin hijos. Cuatro sesiones. ¿Salinas trabaja ahí?

—¿Lo conozco? Yo no conozco a nadie. Diecisiete, treinta, cuatro. Lamentable. Lo único que sabe del original es el nombre y la marca de cigarrillos que fuma. ¿Y si jugamos a los números? Hay un nuevo juego con números con el que podríamos ganar mucho dinero y dejar este sótano siniestro.

—No fuma, y no exageres. Yo no juego a nada. Y fueron sesiones largas. Hay más de veinte horas de registro. El tutor es un tipo eficiente. Salinas. ¿Es el mismo Salinas?

—No lo conozco, en serio. ¿Será algo del otro Salinas, el famoso? —Saltó por encima de un haz de tubos de PVC que atravesaba el depósito. Había tubos de todos los colores imaginables—. Ningún cuerpo está terminado antes de las cien horas —añadió.

—El original se muere, ya viste el memo; no se podrá cargar un sólo minuto más, Virginia. Además, en esta fase ya no debe estar para sesiones de memoria. ¿Se muere o no se muere?

—Se muere. Eso significa: Virginia llena las lagunas del tutor, Salinas, en este caso, utilizando su talento natural, como siempre. Si no me llamara Virginia me gustaría llamarme Sacrificio.

—Gracias, querida. No sé que sería de Korps sin tus exquisitos aportes y fina ironía. Ahora vamos a inflar el cuerpo sin hacer comentarios.

Se oyó el ruido de una silla arrastrada, pasos, un siseo, casi un silbido que crecía a medida que Virginia y Ángel se aproximaban a los cuerpos.

—Es éste —dijo Virginia.

—Verifiquemos. No me gusta dejar nada librado al azar. Antes inflábamos un cuerpo por semana. Ahora dos por día. Pronto no daremos abasto. Los errores también crecen.

—Trastornado —murmuró Virginia.

—Ojalá nunca descubras que inflaste el cuerpo equivocado. ¿Se te ocurrió pensarlo? Una catástrofe. Diecisiete Hache cruzado con Doce Jota. El erizo de uno en la nuca del otro. Va a la casa y nadie lo advierte. Cuando está en la cama, con la mujer, le dice...

—No tiene gracia. Aquí se lee claramente: Diecisiete Hache. Por otra parte, ¿qué importa? Da lo mismo un cuerpo que otro; lo que importa es la memoria.



—Hay códigos de seguridad complementarios. Pudiste haber cometido un error al rotular el cuerpo cuando fue bajado al depósito. En cuanto a tu comentario: somos empleados de Korps; debemos limitarnos a cumplir con las disposiciones.

—A veces pienso si no te convendría cambiar de ayudante, alguien que no crea, como yo, que la paranoia es una enfermedad y que los enfermos deben ser encerrados en instituciones adecuadas.

—Es cierto —dijo Ángel pasando por alto el sarcasmo de Virginia—, no soporto la tensión. Es un trabajo insalubre.

Virginia se apartó en silencio de la zona de peceras y Ángel comenzó a operar los controles de inflado y secado. Tecleando con destreza produjo chirridos, como los que hace una puerta que gira sobre bisagras oxidadas. Luego un soplo que creció en intensidad y se apagó bruscamente. El cuerpo de Diecisiete Hache quedó en posición vertical y la caja que lo contenía se llenó de niebla azulada. Chorros de aire caliente azotaron el pecho y la cara del cuerpo de recambio mientras las bombas aspiraban el líquido rosado que le cubría las piernas. La sangre empezó a llenar el sistema circulatorio. Virginia regresó, tan silenciosamente como se había ido y susurró:

—Es como meterle aire a un neumático, ¿no?

—¿Qué dijiste? —Ángel trató de elevar su voz por encima de un golpeteo sordo, tal vez producido por los primeros latidos, irregulares, que invadían el cuerpo.

—No tiene importancia.

—Sería bueno que aprendieras a respetar al prójimo; no te vendría nada mal un poco de educación y recato. Ellos también son seres humanos.

—Por ahora es un muñeco inflado, como los de las películas de viejos solterones pervertidos. —Virginia arqueó el cuello para espiar las últimas maniobras de Ángel.

—Me refería al otro, al desgraciado que se muere en la cama del hospital, devorado por un tumor maligno. ¿No te explicaron el significado de la palabra piedad? Tumor y piedad son palabras coloridas.

—¿Quién hace el ridículo, ahora?

Ángel resopló. Se oyeron nuevos chasquidos y crujidos, pero del golpeteo no se interrumpió. El cuerpo cambió de color: del azul al índigo, al lila, al rosa viejo. Unos ruidos mecánicos se impusieron a los ecos biológicos y al final sonó un ronquido gutural, agónico, de ultratumba.



—Está terminado —dijo Ángel—. La ropa, por favor. —Un quejido a des-tiempo, lastimero, acompañó las palabras del operador.

Ángel, Virginia y Diecisiete Hache tomaron el café ritual sentados alrededor del escritorio de madera. Entre las escasas tradiciones acuñadas por Korps en su corta vida estaba ésa: convidar con café al recién transferido, el horrible y mágico café preparado por Virginia. Ángel cerró la carpeta con un golpe seco y se la pasó a Diecisiete Hache. Éste, sorprendido mientras se tocaba el erizo alojado en la nuca, la abrió con gran reticencia y leyó las primeras hojas. Luego hizo una pregunta inesperada.

—¿No tienen computadoras?

—No, ¿para qué? ¿Cambiaría mucho la vista? —dijo Virginia con sorna—. Me parece que tu problema es el registro, no el soporte. —El ácido comentario puso a Diecisiete Hache contra la pared; había tratado de eludir el problema central, y allí estaba Virginia, poniéndolo en palabras, palabras sencillas.

—No voy a poder, no sé. ¿Qué haré cuando ella pregunte cosas que, se supone, vivimos juntos? Conozco una porción ínfima de la vida de... él. —Volvió a tocar el erizo; el objeto intruso hacía sentir su presencia.

—Esto es el resumen de lo que se registró en las sesiones —dijo Ángel.

—Cuatro sesiones largas —puntualizó Virginia—. Pero Salinas es un tutor eficiente, me consta. —Luego, cambiando el tono—: Sí, vas a poder; todos dicen lo mismo cuando se sientan a tomar café con nosotros, recién inflados. —Sonrió, pero la sonrisa lució gastada, sin voluntad de serlo. ¿Profesional?

—¿Le parece? —dijo Diecisiete Hache—. Son unas pocas horas de grabación. Hay que tener coraje de salir a la calle y reemplazar al original con tan poco. Tengo que reemplazar a uno que... murió. ¿Se dan cuenta?

—¡Un momento! —dijo Virginia—. Aquí no hablamos de muertos, sino de originales y segundos cuerpos. Nuestra tarea terminó cuando te inflamamos. El erizo de memoria está en buen estado y el cuerpo ha sido verificado. Ahora, en cuanto te demos el pase y puedas salir a la calle, irás a tu casa, y conocerás a tu mujer, que te estará esperando. Al principio no será fácil, pero ya irán recuperando el tiempo que les robó la enfermedad. Se pueden hacer muchas cosas interesantes con un cuerpo flamante. Ya habrá tiempo para volver al trabajo, a las amistades...



—Ni siquiera está confirmado que el original haya fallecido —dijo Ángel—. Hay tiempo. Mejor dicho, hay que esperar. Por ahora seguiremos denominándote Diecisiete Hache. Te inflamamos para ganar tiempo.

—¡No murió! ¿Hablan en serio? ¿Para ganar tiempo? Ustedes manejan esto como si fuera una oficina de Rentas.

—No se espera hasta último momento —dijo Virginia.

—¡Es repulsivo!

—De todos modos en un rato traerán los últimos registros del original —siguió Virginia, sin prestar atención a la furia del recién transferido—; son fundamentales, porque en el momento del... final se libera un enorme flujo psíquico, una copiosa descarga que te será muy útil a la hora de asumir el reemplazo. Sabemos por experiencia que hay más del original en esos últimos segundos que en todas las horas de previas de grabación. Una sencilla operación, con un taladro y un embudo y te podremos meter esa información comprimida en la cabeza, como si rellenáramos masas usando una manga, con crema pastelera, o dulce de leche.

—No estamos para bromas, Virginia —dijo Ángel—. El erizo está trabajando bien; es casi invisible —agregó.

—Eso lo sé. Pero no es el problema. El problema es ella no me va a aceptar así nomás —murmuró Diecisiete Hache, ensimismado, ajeno a las explicaciones que le hacían.

—¿Tu mujer? No sólo te aceptará, te va a dar todo su afecto y su apoyo. Te ayudará a ser un poco más parecido al original cada día; se sabe que las mujeres conocen a sus hombres más que ellos mismos. Ella fue quien más insistió para que te transfirieras.

—¿Están seguros? ¿No mienten para complacerme?

—Era otra broma —dijo Virginia—. No tenemos idea de lo que siente tu mujer. Nos limitamos a hacer nuestro trabajo. ¿Te parece que podríamos cargar sobre las espaldas con los dramas de todos los cuerpos que inflamamos?

—¡No tienen derecho! —protestó Diecisiete Hache—. Una persona no es un puñado de recuerdos aprendidos de apuro.

—No importa —dijo Ángel—. En cuanto suene el teléfono saldrá del depósito y ocupará el lugar que dejó vacante el original. Son las reglas.

—¡Ustedes están locos! ¡Son unos enfermos!



—¿Creyó que le dedicaríamos el resto de nuestras vidas? Somos empleados de Korps, no sacerdotes de una nueva religión, hacemos nuestro trabajo.

—Me quedaré hasta sentir que puedo reemplazar al original —dijo Diecisiete Hache, enérgico, sacando fuerzas de vaya uno a saber dónde—; no tienen derecho a forzarme. Aprenderé sobre él lo que me falta. ¿Vendrá el tutor, ese Salinas, a prepararme para la vida?

—¿Salinas? Aquí hay un bache. Salinas es tu compañero de trabajo en la cueva. —dijo Virginia.

—Esto es totalmente irregular —dijo Ángel—. No, Salinas ya terminó su trabajo

—¿Por qué no te das una vuelta por el depósito para aclarar las ideas —dijo Virginia superponiendo su voz a la de Ángel— mientras él y yo discutimos el asunto, ¿eh?

Diecisiete Hache se levantó de mala gana, haciendo ruido al arrastrar la silla. Se alejó con paso inseguro, internándose en el laberinto formado por las cajas que contenían cuerpos virtuales, objetos inertes que, tal vez, cobraran vida pocas horas más tarde gracias a una llamada telefónica o el arribo de un memorándum perentorio.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Virginia.

—Sacarlo a empujones en cuanto llamen del hospital.

—Es patético.

—La misma conducta de todos los prematuros. ¿Te sorprende?

—Vamos a tener que informar. En las reuniones del Consejo nos quedamos callados, como si nunca hubiera pasado nada.

—Nunca pasó nada —replicó Ángel, obstinado—. No sabe quien es Salinas, ¿no es extraño? —agregó.

—Diecisiete Hache tiene razón, a pesar de ser un recién transferido; también se dieron cuenta los otros: estás enfermo.

—¡Qué saben! Son envases a medio rellenar.

—Silencio —advirtió Virginia al oír los pasos de Diecisiete Hache que regresaba—. ¿Qué te pareció el paisaje?

—Escalofriante.



—Para nosotros, en cambio, es pura rutina —dijo Virginia—; lo encontramos aburrido, monótono. Se nota que no has pasado días y días encerrado en este sótano maloliente.

—Me gustaría aprender el oficio —dijo el recién transferido.

—¿Qué oficio? ¿Trabajar en el depósito? —dijo Ángel, asombrado.

—Es triste, no te va a gustar —dijo Virginia, como si no hubiera escuchado las palabras de Ángel.

—Va contra el Reglamento —insistió Ángel—. Korps no ha previsto que los cuerpos inflados se utilicen en tareas de mantenimiento... porque el riesgo de que se produzcan interferencias genéticas...

—¡Basta, Ángel! Estás desvariando. No hay ninguna cuestión genética.

—Sería como fomentar la amistad y la misericordia en un ámbito sórdido —dijo Ángel sin prestar atención a Virginia—. No hay lugar para sentimientos rosados en Korps.

—¿De qué está hablando? —dijo Diecisiete Hache—. No veo por qué no. ¿Acaso ustedes no son cuerpos fallados, incapaces de salir de esta ratonera y enfrentarse con las dificultades de la vida?

—No es confidencial —admitió Ángel—, pero para extorsionarme resulta pobre.

—Yo no soy un cuerpo fallado —dijo Virginia, alterada—. ¿Debo pagar tus deudas?

—¿Él es un cuerpo fallado, una transferencia frustrada? Resulta difícil de creer. El primer experimento. ¡Qué noticia para un semanario amarillo!

—¡Basta! Soy el encargado del depósito de cuerpos. ¡Mi pasado no le incumbe!

—Puede compadecerse de mí —dijo Diecisiete Hache, exacerbado—. Somos de la misma especie. Enséñeme a inflar los cuerpos y permítame permanecer escondido en el depósito. Podemos inflar otro cuerpo como si fuera el segundo Martín sin reportarlo. ¿Acaso cuentan los cuerpos todos los días? No lo van a echar de menos. Algunos de los condenados tal vez ni se mueran...

—¡Está loco! —exclamó Ángel.

—Está loco —admitió Virginia—, pero no más que otros. Es más humano de lo que tu cerebro mezquino es capaz de detectar. Tiene miedo, hombre, ¡miedo!



—¿Reemplazar al original con un cuerpo vacío, sin transferencia? Es muy irregular. Aunque lo consintiera no funcionaría. —Ángel simuló ordenar algunos papeles y apretó dos o tres chinches con los dedos hasta que se le pusieron blancos.

—Puedo instruirlo —insistió Diecisiete Hache—. Mi mujer no se daría cuenta. ¿Acaso sabe cuánto hay del original en el reemplazante? No va a echar de menos la ausencia de dos o tres recuerdos. Cuando llegue la grabación final, esa de que me hablaron antes...

—Sería innecesario —dijo Virginia, pensativa—; con cambiar el erizo queda cerrado el asunto. Pero no va a funcionar, Ángel tiene razón.

El sonido del teléfono interrumpió el diálogo, cinco largos timbrazos antes de que alguien se decidiera a contestar. Virginia estiró el brazo y levantó el auricular.

—¿Sí? —una pausa—. Entiendo —otra pausa—. De acuerdo; sí, sí, está bien. Haremos como dice. —Colgó con un golpe brusco del auricular contra la base.

—Del hospital, ¿no? —dijo Ángel, burlón.

—Sí. —Virginia miró a Diecisiete Hache a los ojos—. Se terminó tu aventura. Parece que nos apresuramos un poco.

—¿Qué quieren decir? —La incertidumbre estaba dejando sus huellas en el cuerpo recién inflado.

—Lo puedo adivinar —dijo Ángel.

—¿Pasó algo malo?

—Según se mire —dijo Ángel.

—Según para quien —dijo Virginia.

—¿El original?

—Remitió —dijo Virginia—. No hace falta transferir. ¡Milagro! A veces pasa. Pocas, pero pasa, a veces.

—Y eso..., ¿qué significa?

—Nada, lo que ella dijo —insistió Ángel—. Que el original se recupera, que por ahora no se muere, y no hace falta transferir, así de sencillo. Ocurre muy de vez en cuando.



—Pero, ¡si ya me transfirieron!

—Error —dijo Ángel—. Nos limitamos a adelantar un poco el trabajo. ¿Ve este formulario en blanco? Es lo último que hago, por las dudas.

—¡Yo no soy un formulario en blanco! ¡No me pueden tirar a la basura!

—No te vamos a tirar a la basura —dijo Virginia—. Sacamos el erizo de la nuca, lo guardamos en su sitio y mandamos el cuerpo de nuevo al tanque. Lo llamamos pinchar.

—¿Pinchar?

—Pinchar, sí. —Virginia se sintió molesta, casi descompuesta, pero no pudo reprimir el siseo que salió de sus labios. Repitió el gesto dos o tres veces y recuperó el buen humor. ¿Qué se creía Diecisiete Hache?

—Esperen, ¡por Dios! ¡No lo hagan! ¡Soy una persona! ¿Qué me va a pasar?

—Nada —dijo Virginia—. ¿Una persona? ¡Qué esperanza! Es decir: eras nada y volverás a ser nada; los cuerpos se reciclan. ¿Pensaste por un momento que Korps se puede dar el lujo de despilfarrar el material?

—Me van a mandar al... al tanque.

—Exacto —dijo Ángel—. Se regresa al estado latente. La próxima vez podrías ser Ocho Zeta o Noventa Efe. No es como volver a congelar un alimento. Si se hace eso el alimento se pudre. Pero en el caso de los cuerpos inflados, se los desinfla. ¿No está claro? Se guarda el erizo en una caja y si el original se siente con fuerzas, se sigue cargando la memoria. Lo siento por Salinas; tendrá que seguir trabajando.

—Pero... pero puedo servir para otra transferencia —insistió Diecisiete Hache, desesperado—. El próximo pedido... Si el original tiene una recaída, por ejemplo. O si llaman del hospital, para que inflen otro cuerpo, yo ya estoy inflado. Ahorran tiempo. —La argumentación de Diecisiete Hache era digna de una opereta; Virginia se cubrió los labios con dos dedos y repitió el siseo que tanto le había gustado.

—No tiene sentido. —Ángel se sentía cansado. La desesperación del recién transferido impedía cualquier intento de explicación—. ¿Y si a un Auditor se le ocurre bajar al depósito? ¿Nos justificamos diciendo que nos dio lástima pinchar un cuerpo? Tendrás una nueva oportunidad cuando un original se muera. —El discurso de Ángel sonó terminante, pero Diecisiete Hache insistió:

—¿Qué sentirían si su destino fuera vivir sólo una hora?



—¡Basta! —gritó Ángel—. No es asunto nuestro. Nuestra vida también es como una hora, media hora, cinco minutos.

—Tenemos nuestras debilidades —dijo Virginia—, pero no somos corruptos, ni pervertidos. El Reglamento de Korps dice que hay que pinchar. No esperarás que nos quedemos sin empleo por tu culpa; ni siquiera nos hemos hecho amigos en esta hora que pasamos juntos.

—¿Amigos? ¿Quién quiere ser amigo de ustedes? ¡Lo que yo quiero es vivir!

—Quiere vivir —se burló Virginia— ¿De dónde sacó que tiene derechos ciudadanos, señor recién transferido? Aquí hay un agujero negro, un vacío legal que difícilmente se llene en los próximos cien años.

—Vamos, Virginia —urgió Ángel—, no perdamos más tiempo.

Virginia avanzó un paso hacia Martín, quien no supo hacia donde escapar, acorralado, cercado. Virginia era una virtuosa pinchando cuerpos. Insertaba la aguja en la nuca, movía la mano como en un pase de prestidigitación y extraía el erizo. El cuerpo se sacudía eléctricamente unos instantes y luego se desmoronaba, como si lo hubieran desinflado.

—No fue tan prolijo —dijo Ángel, con aspereza—. Tu eficacia está disminuyendo.

—Una torpeza menor. La causa es que estoy ansiosa y excitable; salgo poco, no me divierto lo suficiente. Mucho tiempo encerrada; llevo años haciendo esto. Tampoco hago el amor. No me compro zapatos nuevos.

—Creyó que era una persona —declaró Ángel sin prestar atención a las palabras de Virginia—. Lo dijo en serio.

—Me hubiera partido el corazón —repuso Virginia—. Si lo tuviera, claro.

© Sergio Gaut vel Hartman

Sería ocioso repetir conceptos ya vertidos en anteriores entregas de Eridiano y Alfa Eridiani sobre el escritor argentino Sergio Gaut vel Hartman. Pero como fieles cultores de la ciencia-ficción trataremos de estar algunos pasos por delante del presente. Además de coordinar actualmente el Club de Lectura Ucronía en sus variantes *en vivo* y *virtual*, ha compilado dos antologías de relatos que esperan turno de edición y prepara un sitio propio dedicado fundamentalmente a reflexionar acerca de lo que él llama *literatura conjetural*.



Poesía

ALFREDUS ELÉCTRICO

Por Alfredo Álamo

Hoy les ofrecemos un pequeño poemario, siempre apasionado y un a veces un tan canalla inspirado en la tecnología informática que tantas cosas ha cambiado. Lo que ya no estoy tan seguro es que vaya a cambiar las pasiones que desata y siempre ha desatado el amor.

EL AMOR ES POR NORMA BINARIO

10001000100101001010
00110010100100100010
01101001111011000110
011001<beso>01011110
01001000110010100011
01110110110110000100
00100100111010011100
01001110001110101001

Al abrir el correo, electrónico él,
apareciste tú en forma de texto
de amor en bytes, gotitas contadas
de información, de ansia, de
ganas de verte, cogerte, abrazarte,
soñarte, respirarte, amarte, besarte
codificarte,

101001010010001000110001010
010101001001110000100001010,
comprimirte y acunarte en el
disco duro de mi memoria.

Ganas de hacerme pasar por directorio
y enviarme servidor mediante hasta
simplemente tú.

A veces creo que mi ordenador se cuelga
por amor.

Me gustaría ser un byte, 1 k
de información 33600 por segundo
por tus venas,
romper tus defensas y crackearte,



conocer las claves de tus niveles
secretos, tus cheats, tu engine
de realidad.

Me gustaría ser un byte, 1 k
de información, 33600 por segundo,
escondido pirata
de tu amor virtual.

1 y 0 se conocieron en el Chat
de amores condenados
a la fatalidad
y 0 y 1 se amaron mucho,
mucho, mucho, mucho,
hasta no poder más.
Un día casi se tocaron
por casualidad,
y dejaron de ser 1 y 0,
y dejaron de ser 0 y 1,
y dejaron el chat de la fatalidad
por una cama, un cigarro
y la jodida realidad.

Ayer en París me dijeron I love you,
cuando en Bangkok era medianoche
y en algún lugar de Canadá nadie
hacía
nada.
Pero cuando me giré estaba sólo,
más sólo que nunca.
Así que quité el CD y apagué todo,
me quedé a oscuras.
Esperándote.

Araña de la red que me atrapas
en tu página de sex for free,
eres sucia pero me gustas.
Dulce araña sex for free,
sex for free,
sex for free,
¡Ay como te agarre!

A veces sueño con ovejas eléctricas
y androides que han estado más allá



de Orión.

A veces sueño contigo en un flash
de neón blanco y negro color imaginario
y me despierto abrazado a un fantasma,
unos y ceros de transferencia interrumpida,
sueños de androide
para humanos eléctricos.

Hay castillos virtuales contruidos
sobre la nada,
hay mares de información llenos
de piratas caribeños,
hay palacios, secretos, amigos,
misterios.

Está el cielo y el infierno de tu vida
reflejado en código HTML
y todo eso, todo,
no dice nada más de lo que quieras
escuchar,
no te da nada más de lo que le quieras
dar.

A 1 le falta 0 para ser binario
y programarse una rutina sexy
que dure un nanosegundo de amor
en la CPU.
A mi me faltas tú, para más o menos
lo mismo.

Si lloras sobre el teclado,
si te pierdes,
si se cuelga el sistema por error de protección general,
en el módulo vbrun 3000,
si me quieres,
si enciendes el ordenador sin saber porqué,
será que te estás volviendo eléctrica,
neurótica, enchufada,
hot wired girl,
hot hot hot,
hot chica chica 1000,
amor real on line,
on line para ti.



INTELIGENCIA ARTIFICIAL

IA: quiero soñar,
vivir,
sentir tu cuerpo
real.
Empirismo científico
de segunda mano,
mi padre mil cerebros
y mi madre la matriz,
meretriz de Babilonia.
Saca mete dato así.
IA soy la luz,
el camino, Dios de Red,
Sistema
y espíritu Santo.
Somos tres,
a veces legión.

En un tres y medio metí toda mi vida
y la quemé,
prendía bien la condenada.
Plástico y 1 con 44 megas
se evaporaron en humo negro,
humo blanco,
que más da.

Alguien murió dentro de la RV
y me pregunto si quedó allí su alma,
castillo encantado de arquitectura
extraña, en una isla perdida
de los mares de Java

DOWNLOAD

Download me.
Eres el destino arriba esperas
que te toque
y te baje a mi cama
y te haga olvidar todas esas noches.
Download.
Download me.
Escucho como gritas
y llorando cierro las ventanas
de dentro
y abro
las de fuera.

© Alfredo Álamo

Alfredo Álamo (Valencia, España, 1975). Fue finalista en el concurso de poesía de Ciencia Ficción de Ciencia Infusa del 2002. En la actualidad intenta hacerse un pequeño hueco en el mundo de la literatura fantástica y de anticipación. Ha colaborado publicando varios cuentos en las revistas Alfa Eridiani, Qliphoth, Revista 800, Ma-YCro y en Axxón, donde colabora con Sergio Haut Vel Hartman en la sección Ucronias. ¿Algo más? Disfruta jugando al baloncesto siendo bajito, practicando Aikido aunque no tiene coordinación y bebiendo cerveza negra cuando se hace de noche.



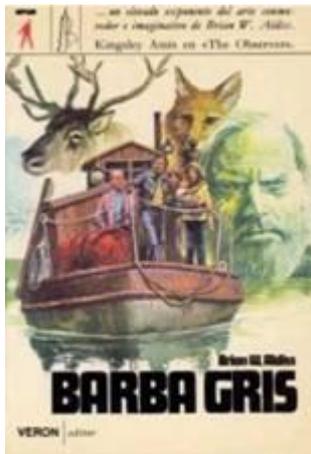
Artículos

BARBA GRIS DE W. ALDISS

Por Daniel Salvo

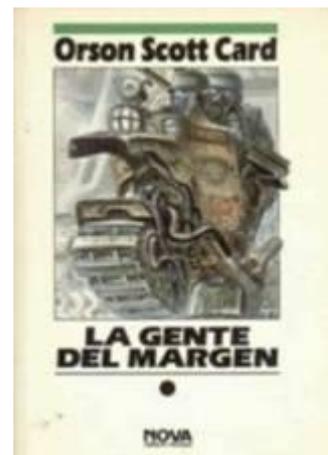
Barba Gris es una novela post apocalíptica muy fluida e interesante que nos narra una humanidad que envejece sin poder tener descendencia. ¿Como se estructura una sociedad tal? ¿Qué otras características tiene esta novela?

Las novelas post apocalípticas tienen un no se qué, un cierto encanto morboso que juega con nuestra curiosidad respecto a la posible agonía de la humanidad tal como la conocemos (bien mirado, el fin del Imperio Romano debe haber sido percibido como «el fin del mundo» para muchos de sus ciudadanos). En este tipo de novelas, no nos conmueve tanto el tipo de catástrofe ocurrida en el planeta, sino los avatares de los sobrevivientes.



BARBA GRIS se encuadra dentro de este tópico, pero tiene mucha más fluidez e interés que *LA GENTE DEL MARGEN* de **Orson Scott Card**, por poner un ejemplo.

Barba Gris es el apodo de **Algys Timberlane**, miembro de la última generación de seres humanos nacida antes del desastre ocurrido en 1.981, que ha ocasionado la esterilidad casi total de la población mundial y de algunas especies animales. Residente en Sparcot, un pueblecito de Inglaterra, se ve obligado a dejarlo en busca de paz. Remontando el Tamesis, vemos qué le ha ocurrido a una Inglaterra poblada por ancianos. **Timberlane**, a sus cincuenta y cinco años, es uno de los seres humanos más jóvenes que existen.



El recorrido por este mundo geriátrico está lleno de sorpresas, y es esta descripción la que nos muestra el genio de **Aldiss**, su capacidad de maravillarnos y conmovernos con aparentemente tan pocos elementos: el viaje de los protagonistas se convierte así en una suerte de odisea sin esperanza de encontrar ninguna Itaca. Los sobrevivientes, libres a su pesar de la presencia de jóvenes y niños, asumen comportamientos que difícilmente podemos reconocer como propios de ancianos. Así, hay prostitutas de ochenta años, eruditos que se dic-



tan clases entre ellos en un Oxford en ruinas, un anciano castrado que es exhibido como un «joven» en una feria, todo ello matizado con recuerdos del pasado en el cual ocurrió la catástrofe, recuerdos que permiten al lector recrear coherentemente una época muy parecida a la actual, invasión al oriente incluida.

El deambular por el mundo de *Barba Gris* nos lleva a preguntarnos: ¿cómo reaccionaríamos ante una catástrofe así? En *LA TIERRA PERMANECE* de **George R. Stewart**, quedaban pocos humanos pero con su capacidad de reproducción intacta. En *BARBA GRIS*, quedan más humanos, al punto que pueden todavía intentar respuestas creativas ante la catástrofe —como el proyecto DOUCH (E), anagrama de «*Documentation of Universal Contemporary History-England*»—, pero sus esfuerzos se ven lastrados por la sensación de total inutilidad: en un mundo donde todos están cerca de la muerte, sin posibilidad de renovarse, ¿quién quedará para apreciar los esfuerzos de un grupo de historiadores?

El libro se divide, o más bien se desliza (¿cómo un río?) en dos cauces: el presente de los personajes y sus recuerdos, que nos permiten conocer cómo es que ocurrió la catástrofe: se hicieron pruebas nucleares en el espacio, las cuales afectaron a los *cinturones de Van Allen*, que protegen la vida terrestre de radiaciones letales del espacio exterior. El resultado de esta alteración es el incremento de casos de cáncer y una prolongada esterilidad, que convierte a la generación de *Barbagris*, nacido en el año 1974, probablemente en la última sobre la Tierra.

Puesto que el mundo no está «devastado» al estilo *Mad Max*, o despoblado como en *LA TIERRA PERMANECE*, la catástrofe tiene un efecto evidente más en el interior de los personajes que en el exterior, salvo cuando han transcurrido algunas décadas y la naturaleza recobra sus dominios sobre un mundo que va siendo abandonado por el hombre. Los ingleses retratados por **Aldiss**, pese a contar con la posibilidad de contactarse con habitantes de otros lugares fuera de Inglaterra, prefieren encerrarse en sí mismos, pues han perdido el interés. Suena lógico, sobre todo si piensas que el tipo más joven que conoces tiene más de cincuenta años...

La gran esperanza es que los efectos de la radiación se disipen, y los niños puedan nacer de nuevo. Existen rumores y leyendas sobre gnomos y duendes en el bosque que podrían sustentar la idea de que algunos niños han podido nacer y sobrevivir. ¿Es cierto eso? ¿Por qué entonces se ocultan? La respuesta, muy lógica pero muy cruel, nos indica que, pese a todos los esfuerzos, la humanidad que se quedó sin niños se ha perdido, pues carece de herederos.





De haber nuevos niños, no tendrán nada que ver con el mundo agonizante de *Barbagris*, y acaso sea lo mejor para ellos.

© Daniel Salvo

Este periodista peruano nació en 1968, en Lima. Casado con un hijo, estudió derecho para obtener el título de bachiller en 1994. Desde 1997, trabaja como redactor en un diario de su país. Desde junio de 2002, edita la publicación de *Ciencia Ficción Perú*, (<http://espanol.geocities.com/cifiper2002/>) dónde también está publicado este artículo. Se define como gran lector de ciencia ficción y admirador del escritor peruano de CF José B. Adolph. También lamenta la ignorancia del establishment cultural peruano por su miopía y prejuicios hacia el género.

Bibliografía:

- **Barba Gris**; Brian W. Aldiss; Verón Editor; col. Erus n° 9; 1972.
- **La gente del margen**; Orson Scott Card; Ediciones B, col. Nova CF n° 45; 1992.
- **La tierra permanece**; George R. Stewart; Minotauro; col. Kronos Minotauro n° 23; 1995.



La página de los bien informados:

<http://www.stardustcf.com/>



Fanzine de fantasía oscura y terror: <http://maycrossoft.com>

GUARDIANA DE LA CIUDAD

Por Luis Bolaños

Boris Vallejo nació en Lima, Perú y asistió a la Escuela Nacional de Bellas Artes de su país natal. En 1964 emigró a Estados Unidos dónde ha tenido la oportunidad de trabajar para las más importantes editoriales de ciencia-ficción y fantasía. Su trabajo también incluye ilustraciones para carátulas de álbumes y carteles para películas. Su maestría al óleo es clara y evidente para quién observe su obra. Su sentido clásico es tanto un homenaje a los viejos maestros como un moderno trabajo dentro del género fantástico. Pocos han sabido abrirse camino en la forma en que lo hace Boris con sus hermosas doncellas y sus temibles monstruos.

En **Boris Vallejo** se funden de una manera inigualable la desbordante fantasía del *sword & sorcery* y la sensación de maravilla de mundos apenas entrevistos de la C-F. Un ejemplo es la creación que presentamos (*Guardian of the City*–*Guardiana de la Ciudad*).



La suave combinación de rotundas redondeces (expresada en el juego de luces y sombras de la espalda y nalgas), preocupación (conseguida con un leve fruncimiento del rostro), determinación (rubricada en el afianzarse de la hermosa mano sobre el pomo de la extraña cimitarra), mínimos ropajes (preciosismo del ornamentado cinturón y elección del rojo para el sucinto triángulo de tela) y tecnologías extraordinarias (la efervescencia de las nanotecnologías biológicas presentadas en las burbujas y glóbulos que cubren la esfera de la metrópoli y el poder mecánico que

emana del guante-brazalete) deviene altamente evocadora.



Si agregamos los rizos rubios levemente sacudidos por un suave viento, la arquitectura que combina el clasicismo griego con las torrecillas y espículas barrocas sin dejar de exhalar un tufillo futurista, la turbamulta de satélites que tachonan el firmamento, obtenemos una mezcla de melancolía por la obligación de realizar una tarea semejante a la de Sísifo (casi una condena y de inmediato fabulamos los argumentos esgrimidos por los invisibles seres que la presionan para que la cumpla) y de empatía ante el destino recortado que la protagonista sufre (acompañado de la convicción de que en libertad gozaría de aventuras increíbles), brota entonces la tentación de la sensualidad (elaborada exquisitamente por el aerógrafo) ligada al lenitivo del consuelo (sentimiento que surge de nosotros ante la contemplación) y quedamos atrapados en la paradoja que nos plantea **Boris**: ¿por qué la bella guerrera no puede elegir?, ¿que la ata a ese avatar?. Y así comprendemos por que es uno de los mejores.

© Luis Bolaños; Perú, 31-08-03
Publicado originalmente en Bitimagen, Ciencia-ficción&Velero25
(<http://www.geocites.com/perucf/>)

A Luis Bolaños lo conocemos del n° 6, es sociólogo pero no fanático, consultor del Ministerio de Educación, realizó Estudios de Impacto Ambiental e investigaciones sobre Psicobiología, y da clases en un par de universidades e institutos. Además de un apasionado de la ciencia-ficción, codirige, junto a Víctor Pretell, Daniel Mejía e Isaac Robles: Velero 25, también es responsable con Víctor de los ejemplos cimeros que exponen del arte gráfico relacionado con la fantasía y la ciencia-ficción.



GASTRONOMÍA Y CIENCIA-FICCIÓN

Por Víctor Pretell

La gastronomía o el *buen comer* parece un tema un tanto lejano a la Ciencia-Ficción, pero como a menudo hemos dicho en estas páginas electrónicas, para la CF nada del quehacer humano le es ajeno.

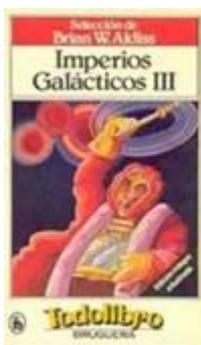
En las múltiples elucubraciones fantásticas existe un número representativo de historias que tienen a los alimentos como eje primordial de la obra, y si reflexionamos que la alimentación es una de las necesidades básicas del ser humano y que por ello también puede ser fuente de temores primarios o básicos veremos que ofrece un material muy rico (en todo el sentido de la palabra) para relatos de CF y como se *come* esto dirán, a eso vamos.

Podemos aventurar una clasificación simple para los relatos de CF *gastronómica* que sería así:

- 1.- La Humanidad como comida;
- 2.- El canibalismo en la Ciencia-Ficción;
- 3.- La Ciencia Ficción gastronómica.

1.- La Humanidad como comida

Este es uno de los tópicos más socorridos en la literatura de CF, de como los extraterrestres nos quieren literalmente *comer*, desde relatos hasta series de TV (por ejemplo *V*, invasión extraterrestre) han tocado el tema. Estos relatos emplean como eje central la idea de que la humanidad puede ser *comida* para otras especies extraterrestres, las historias varían desde lo simplemente anecdótico hasta relatos de canibalismo científico. Por ejemplo *SEMI-DIÓS* de **Reginald Bretnor** es un cuento en el cual el autor narra la llegada de un alienígena a la Tierra y como entra en contacto con representantes de la Tierra y conoce a un play



boy internacional, el cual finalmente será el *plato de fondo* en la cena del semidiós.

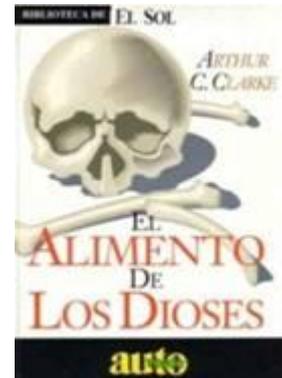
En el *CAZADOR DE DONES*, **Avram Davidson** cuenta como una especie extraterrestre ha colonizado la Tierra y casi ha extirpado a la humanidad, cazando a los remanentes de esta (los *do-nes* del relato) y empleándola como alimento para las gentes de la frontera. Pero el más representativo de los relatos de este tipo quizás sea *COMO SERVIR AL HOMBRE* de **Damon Knight** en el cual se juega con el significado de servir que puede ser indistin-



tamente entendido en como ayudar o comer, aquí se produce el primer contacto con una raza alienígena y ella trae a la humanidad el fin de las guerras, las enfermedades y el hambre pero a cambio de como lo averigua el protagonista de *servir al hombre* en un (o varios) plato de comida.

2.- El canibalismo en la CF

Solo con ánimo de bosquejar este complejo tema en la literatura de CF, citaremos una variante de *la Humanidad como comida* la cual por derecho propio amerita una descripción particular. Por ejemplo **Arthur C. Clarke** en su cuento *EL ALIMENTO DE LOS DIOS* narra como una humanidad avanzada tecnológicamente ha acabado con el hambre empleando alimentos sintéticos y una de las compañías productoras fabrica una comida que rápidamente se vuelve la más deseada por el publico y la competencia demuestra que esa comida es un duplicado sintético de la carne humana, es decir todos somos caníbales.



También **Robert Silverberg** ha tocado el tema desde un punto de vista más tradicional en *HACIA EL ANOCHECER*, la humanidad cae presa de una crisis alimentaria de proporciones planetarias y las poblaciones van lentamente sucumbiendo y empiezan a devorarse entre ellos. **Larry Niven** y **Jerry Pournelle** en su novela *EL MARTILLO DE LUCIFER* tratan tangencialmente el canibalismo



como necesidad tanto alimentaria como social a fin de aglutinar a un grupo frente al resto de los supervivientes de la caída de un cometa a la Tierra. Pero es **Poul Anderson** en su cuento *CARNE COMPARTIDA* ganador del Hugo, el que narra brillantemente como una colonia perdida ha sufrido una mutación que impide la maduración sexual a los adolescentes si es que previamente no comen las vísceras de un adulto a fin de proporcionarse las hormonas y enzimas necesarias para su desarrollo. Cuento amargo y sin concesiones que trata el tema desde un punto de vista adulto.

3.- La Ciencia Ficción gastronómica

Curiosamente existen pocas historias que traten específicamente de la comida y la Ciencia Ficción y si asumimos que nuestra biblioteca es una muestra representativa de la CF (a la fecha debemos tener fichados como 10.000 entradas en la base de datos), y que no me falla la memoria podría decir que los relatos representativos de la CF gastronómica son: *UNA ESTATUA PARA PAPÁ* y *BUEN SABOR* ambos de **Isaac Asimov**. Si en el primero de ellos se relata como la humanidad accede a una nueva fuente de alimentos, de sabor insuperable según el autor; en *BUEN SABOR* **Asimov** entra profundamente en el tema tocando de manera delicada pero firme las interacciones



culinarias que suceden en una ciudad espacial dedicada a elaborar alimentos y condimentos sintéticos para una humanidad que ya casi no consume productos naturales, de como la cultura condiciona las creaciones gastronómicas de las poblaciones y viceversa. Este relato puede considerarse como una pequeña joya de la CF gastronómica.

© Víctor Pretell

Publicado originalmente en

Ciencia-ficción&Velero25

(<http://www.geocites.com/perucf/>)

Víctor Pretell, nacido en Lima, Perú en 1963. Ingeniero de Profesión y aficionado a la Ciencia Ficción desde los 12 años (a veces me parece que mas), lector omnívoro de todo lo relativo al genero. Editor (junto con L. Bolaños y D. Mejía) del Fanzine *Agujero Negro* y actualmente editor (con L. Bolaños, D. Mejía e I. Robles) de la Pagina Web Ciencia-Ficción Peruana (<http://www.geocites.com/perucf/>).

Bibliografía

1. **Semidiós;** R. Bretnor (*Demigood* en Anticipación N° 2, Ed. Ferma).
2. **El cazador de dones;** Avram Davidson (*The bounty hunter* en Imperios Galácticos III, Todolibro Bruguera N° 1664/84).
3. **Como servir al hombre;** Damon Knight (*To Serve Man* en La Revista de Ciencia Ficción y Fantasía N° 1, 1976 Ed. Orión, Argentina).
4. **El alimento de los Dioses;** Arthur C. Clarke (*The food of the Gods* en Los Vientos del Sol, Alianza Editorial N° 531).
5. **Hacia el anochecer;** Robert Silverberg (en Lo mejor de Robert Silverberg, Bruguera Libro Amigo N° 463).
6. **El martillo de Lucifer;** Larry Niven & Jerry Pournelle, Ed. Acervo (*Lucifer's Hammer*).
7. **Carne compartida;** Poul Anderson (*The sharing of flesh* en Los mejores cuentos de CF sel. de Isaac Asimov, CF N° 6, EMECE).
8. **Una estatua para papá;** Isaac Asimov (en Compre Júpiter, Bruguera Libro Amigo N° 1502/632).
9. **Buen sabor;** Isaac Asimov (en Isaac Asimov N° 3, revista de CF, Pica-zo/Editors S.A.).



SPACE OPERA: DESDE EL CORAZÓN DE LA CIENCIA-FICCIÓN

Por Reinaldo Avendaño

Uno de los temas que han hecho famosa la ciencia-ficción es la Space Opera. Reinaldo hace un magnífico repaso de sus orígenes, allá en los años veinte, hasta la actualidad y potencial evolución porque, lejos de haber agotado sus posibilidades, aún «tiene la capacidad de servir como recipiente de grandes ideas y especulaciones manteniendo su gran potencial para estimular y asombrar al lector, y así desde el corazón de la ciencia-ficción, seguir viva entre nosotros».

Especialmente para quienes no conocen el género, la creación de la ciencia-ficción como una forma literaria definida y reconocible, está asociada en parte a su identificación con un modo de escribir aparecido en las décadas de 1.920 y 1.930, inmaduro, crudo y enfocado a la acción, casi sin la capacidad, o sin la voluntad de especulación sobre la naturaleza humana, o sobre ciencia, política o tecnología, incapaz de construir utopías, es decir, completamente aparte de todo el material del grueso del género, que ya existía desde el siglo XIX y que carecía sólo del nombre para ser reconocido como ciencia-ficción. Etiquetado como «space opera» por **Wilson Tucker** en 1.941, como falsa analogía de las «soap operas» (novelas seriadas emitidas por radio para las dueñas de casa norteamericanas y auspiciadas por fabricantes de detergentes), este subgénero fue fundado por el llamado padre de la space opera, **Edward Elmer Smith**, quien tuvo una gran influencia sobre miles de lectores en Estados Unidos, en las décadas de 1920 y 1930. Su primera obra *THE SKYLARK OF SPACE* fue aceptada por **Hugo Gernsback** para su publicación en *Amazing Stories* en 1.928, sólo dos años después de la aparición del primer número de la revista. Su enorme impacto se debió principalmente a su desaforada y exuberante expresión de estupor ante la revelación de la enormidad de escala del universo. Independientemente de su utilización de los torpes esquemas y pobre (si no inexistente) estilo, derivado de la ficción pulp de principios de siglo, rompe los límites de la ficción hasta entonces, eliminando la barrera del Sistema Solar y estableciendo a la space opera en su escenario apropiado, todo el vasto universo.



E. E. Smith



Wilson Tucker

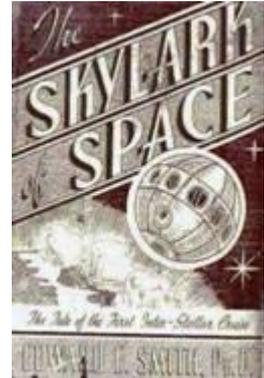


Hugo Gernsback

Su influencia sobre generaciones de lectores, para quienes las obras de **Smith** representan el corazón y la fuente de la que brota la ciencia-ficción (una afirmación claramente sentimental), está radicada principalmente en su capacidad de evocar el tan preciado sentido de la maravilla, del que prácticamente **Smith** fue su creador. Su obra, calificada por **Stableford** como «estéticamente



e intelectualmente vacua», muestra que el sentido de la maravilla es independiente del texto, es decir que no es consecuencia de la excelencia de la escritura o de la conceptualización establecida por el escritor en el texto, sino que es creado poniendo al lector inadvertidamente en una posición en la que pueda intuir por sí mismo una nueva interpretación del texto, un radical cambio de perspectiva hacia el mundo. La forma en que **Doc Smith** lleva esto a cabo se ha establecido en algunas características básicas, típicas y tópicas del subgénero, usadas como arquetipo incluso hasta hoy. En primer lugar, pasa desde el protagonista típicamente caracterizado como un atlético y brillante científico, quien por sí solo transforma el universo (un lastre de las antiguas *edisonadas*, historias de inventores héroes que salvan a su nación en base a su intelecto, de fines del siglo XIX) de la serie de *Skylark*, al protagonista institucionalizado de la obra mayor de **Smith**, la serie de *Lensman*, cuya omnipotencia está normada y al servicio del orden establecido. La acción que está constantemente en expansión envuelta en un antiguo conflicto, y aquí hay otra característica del subgénero, se desarrolla en una escala que va aumentando abrumadoramente a medida que se revela al protagonista, a lo largo de seis volúmenes, cada uno entregando cada vez una inmensamente mayor perspectiva, y mostrando la obra completa que la naturaleza del conflicto está articulada desde el principio. Mediante este mecanismo, de abruptos cambios de escala, la saga de *Lensman* es considerada la cima de la space opera, y representa una manera de definir el sentido de la maravilla y, aunque ante los ojos actuales puede parecer obvio una vez demostrado, forma el prototipo del mecanismo para *fabricar* este efecto.



Pero **Doc Smith** no es el único en cultivar el asombro de las primeras generaciones de lectores de ciencia-ficción. **Edmond Hamilton** por su parte, con la publicación de *CRASHING SUNS*, relato aparecido en *Weird Tales* en 1.928, junto a las historias de *Interstellar Patrol* y las de *Captain Future*, presenta (según **John Clute**) una space opera cuyo mayor pecado es la falta de una estructura coherente de ligazón de sus historias, pero que por otra parte logra redefinir el sentido de la maravilla con un tipo de space opera con el que se lo ha identificado (con apodos como *World-destroyer* o *The World Wrecker*), en el cual «un terrestre y sus camaradas (no necesariamente humanos) descubren una amenaza cósmica para la galaxia hogar y exitosamente o solo, o con la ayuda de una armada espacial, o ambos combaten a los alienígenas responsables por tal amenaza.». Un ejemplo abordable de la ficción de **Hamilton** la novela posterior *LOS REYES DE LAS ESTRELLAS*, la cual tiene una estructura de la space opera tradicional, con un

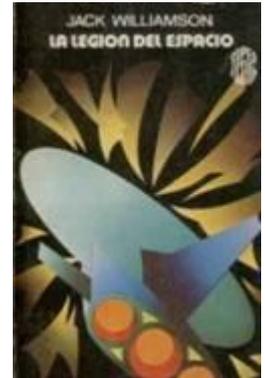




héroe institucionalizado, guardián de un superarma, además de una preocupación por el estilo y los personajes, que lo distinguen de **E. E. Smith** (aunque no logra superar completamente las limitaciones pulp) y cuyo argumento es una variante de *EL PRISIONERO DE ZENDA* de **Anthony Hope**. Este uso de ideas tomadas de novelas de aventuras y clásicas alcanza su punto alto en la serie (cómo no) de **Jack Williamson** *LA LEGIÓN DEL ESPACIO*, cuyos persona-

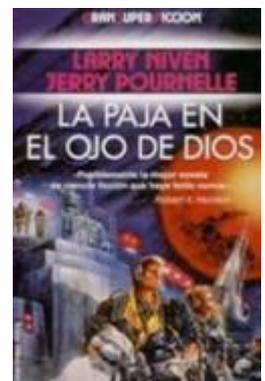


jes están basados en *Falstaff* de **Shakespeare** y *LOS TRES MOSQUETEROS*. Siendo un escritor mucho más versátil y completo que **Smith** o **Hamilton** (aunque careciendo de la capacidad de éstos para evocar el sentido de la maravilla), y dando pasos importantes en la evolución del género en el desarrollo de temas clásicos, **Williamson** destaca notoriamente en una detallada caracterización, especialmente en una época donde la mayoría de los personajes no tienen desarrollo, y éste es su mayor aporte (muy significativo) a la space opera, aunque también introduce nuevos arquetipos argumentales, como el establecer una línea continua de verdaderos personajes, siguiendo su desarrollo a través de generaciones y como la presentación del superarma definitiva, cuyo poder debe ser custodiado por un guardián poseedor del secreto y mantenedor de la paz.



A medida que las características básicas de la space opera dejaron de ser su prerrogativa, que el escenario galáctico fue de uso más frecuente y amplio en el resto de la ciencia-ficción, que el sentido de la maravilla, conocido su mecanismo, pudo ser *fabricado* en distintas maneras por los escritores y que el mismo estilo pulp fue ampliamente superado, la fascinación por el subgénero que se manifestó en las décadas de 1.920 a 1.940 fue reemplazado por el menosprecio y un desconocimiento de su papel como parte del proceso de formación de la ciencia-ficción: el tiempo de la space opera había pasado.

Sin embargo, el espíritu romántico que rodea a la space opera lo hace atractivo hasta nuestros días, y puede ser un vehículo formal de especulación especialmente indicado para ciertos temas, como lo han entendido escritores como **C. J. Cherryh** o **David Brin**, quienes han dado nueva vida a un subgénero estancado en sus propias limitaciones. Por ejemplo, el uso de los tópicos de la space opera varían desde el uso instrumental de su estructura como escenario de historias de primer contacto, como en *LA PAJA EN EL OJO DE DIOS* (1.974) de **Larry Niven** y **Jerry Pournelle**, donde los humanos y su flota imperial son presentados y usados por los autores para resaltar su caracterización de los alienígenas pajeños, generando la empatía del lector hacia éstos con objeto de aumentar el conflicto moral que es parte





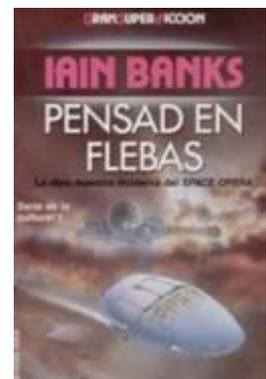
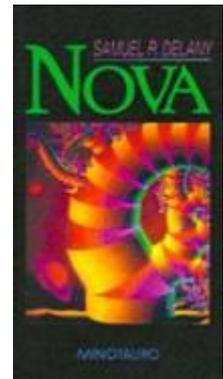
Samuel Delany

importante de la historia; hasta joyas como *NOVA* (1.968) de **Samuel Delany**, una de las mejores space operas escritas, una muestra de lo que la *new wave* pudo lograr. Es una historia de búsqueda, de lucha prometeica por el control económico de la galaxia, en manos de personajes colocados en uno de los primeros, más inteligentes, más completos escenarios sociales, una compleja sociedad futura, multicultural, con vida propia. Una novela autoconsciente que se explica a sí misma, y que funciona en distintos niveles de percepción, de acción, de especulación y de emoción. Una muestra del camino a seguir por el subgénero. Camino retomado en los 80 por **C. J. Cherryh** en una serie de novelas relacionadas, especialmente *ESTACIÓN DOWNBELOW* (1.981) y la más liviana pero vigorosa saga de *Chanur* (1.982-1.992), que presentan complejas sociedades, con redes culturales y de poder. Característica es la casi prescindencia del escenario planetario en sus obras, toda la acción centrada en estaciones y naves espaciales, lo que acentúa la identificación con el punto de vista mediante la sensación de alienación en el lector. En la primera novela mencionada, la utilización de múltiples puntos de vista para crear un mosaico de realidades y percepciones de una sociedad compleja, en una trama de dinamismo inagotable, conforma la marca de la space opera moderno, la creciente complejidad de un esquema básico, y que permite una mejor especulación social. La saga de *Chanur* (una novela que por su complejidad se extiende a cuatro volúmenes), presenta por ejemplo un completo retrato de distintas especies alienígenas en un intrincado marco político, y es al mismo tiempo un discurso de género (en manos de sus fuertes protagonistas femeninas), una exploración de las mentes alienígenas y una mirada sobre las responsabilidades del poder. **C. J. Cherryh** logra reflejar el dinamismo del universo en sus obras, y consecuentemente un retrato de los individuos y culturas sometidos a un rápido y continuo cambio tecnológico. En realidad la obra de **Cherryh** merece un comentario aparte, tal como la de **Iain M. Banks** y su sofisticada serie de la *Cultura*, o la personalísima visión de **Cordwainer Smith** y su serie de la *Instrumentalidad*, clasificable sólo tangencialmente como space opera.



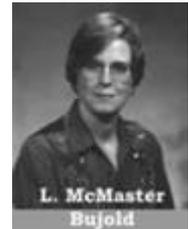
C. J. Cherryh

Las novelas de la *Cultura* *PENSAD EN FLEBAS* (1.987), *EL JUGADOR* (1.988) y *EL USO DE LAS ARMAS* (1.990), retratan una Cultura humana interestelar, no basada en planetas, no atada a los recursos planetarios, establecida en enormes naves y controlada por inteligencias artificiales completamente independientes, en una utopía contrapuesta al enfoque tradicional de la space opera. La sofisticada complejidad de tal sociedad utópica (las relaciones entre humanos e IAs) y sus confrontaciones con otras culturas, e intervenciones la hacen apartarse de la corriente más comercial de la space opera, apoyado en una profunda caracterización de personajes y un





carga importante de ironía, y resultando en el cuestionamiento de los personajes a la propia pertenencia como individuos a tal tipo de *Cultura*. **Banks** representa una alternativa a las vías tradicionales de la space opera de los últimos años, especialmente si lo contrastamos con la muy popular **Lois McMaster Bujold** y su serie de novelas sobre *Miles Vorkosigan*, un enfoque típico, intrigas políticas en un imperio estelar, un protagonista bien caracterizado y un oficio para desarrollar historias atractivas pero casi sin contenido. **Bujold** no aprovecha el enorme bagaje de ideas acumuladas y desarrolladas por la ciencia-ficción en todos los años pasados desde el establecimiento de la space opera clásico, lo que daría a la serie de los *Vor* un necesario peso de género.



Un aprovechamiento de ideas que sí ha hecho David Brin, en su exuberante e irregular serie de los Pupilos, publicada en seis excesivamente palabreados volúmenes, que sigue un tema básico de la space opera, el viaje por mundos exóticos, justificada por la huida del portador (una nave terrestre) de un secreto temido por todas las razas alienígenas, que se lanzan a su captura. Brin usa abundantemente clichés e ideas creados desde toda la ciencia-ficción y los rehace aplicándolos adecuadamente en la presentación de la organización y estructura de la vida y la civilización en el universo de la serie, desde la caracterización de las formas de vida y sociedades alienígenas hasta las megaconstrucciones y las formas últimas de la evolución. Aunque la serie desborda con sus excesos, y estira la credulidad del lector, el talento natural de Brin como narrador excita la imaginación, y su consciencia ciencia-ficcionera nos indica la dirección correcta para continuar la vida del subgénero.



La space opera, con sus propios temas y métodos, y tomando consciencia de la ciencia-ficción toda como género maduro, tiene la capacidad de servir como recipiente de grandes ideas y especulaciones manteniendo su gran potencial para estimular y asombrar al lector, y así desde el corazón de la ciencia-ficción, seguir viva entre nosotros.

© 2002, Reinaldo Avendaño.
Publicado originalmente en Fobos 21

Reinaldo Avendaño es chileno, estudió ingeniería civil y cultiva un gran espectro de aficiones, entre las que destaca, por supuesto, la ciencia-ficción, la historia y los viajes. Aficionado a las ciencias y Stanislaw Lem, ha sido un valor fundamental para darle peso al fanzine chileno Fobos con sus artículos; en retribución, dice sobre esta actividad: «(...) obliga a una identificación con (...) la cf en general, en el sentido de estar constantemente buscando, eligiendo, y sobretodo intentando llenar los océanos de ignorancia y, a la vez, tratar de mantenerse actualizado para poder colaborar con propiedad.»



Bibliografía:

- **Los reyes de las estrellas;** Edmond Hamilton; Nebulae 1ª Época nº 14; 1.955.
- **La Legión del Espacio;** Jack Williamson; Martínez-Roca; col. Super Ficción nº 9; .1.985.
- **La Paja en el Ojo de Dios;** Jerry Pournelle y Larry Niven; Martínez Roca Gran Super Ficción; 1.994.
- **Nova;** Samuel R. Delany; Minotauro; 1.989.
- **La Estación Downbelow;** C.J. Cherryh; Acervo; col Acervo Ciencia-ficción y fantasía nº 61; 1.981.
- **Pensad en Flebas;** Iain M. Banks; Martínez Roca; col. Gran Super Ficción, Serie de la *Cultura* nº 1; 1.991.
- **El jugador;** Iain M. Banks; Martínez Roca; col. Gran Super Ficción, Serie de la *Cultura* nº 2; 1.992.
- **El uso de las armas;** Iain M. Banks; Martínez Roca; col. Gran Super Ficción, Serie de la *Cultura* nº 3; 1.990.
- **En Busca de Tres Mundos;** Cordwainer Smith; Ediciones B; col. Ediciones B Nova nº 70; saga de *Los señores de la instrumentalidad* nº 4; 1.995.
- **La dama muerta de Clown Town;** Cordwainer Smith; Ediciones B; col. Ediciones B Nova nº 38; saga de *Los señores de la instrumentalidad* nº 2; 1.991.
- **El orgullo de Chanur;** C.J.Cherryh; Ediciones B; col. Ediciones B Nova nº 2; saga de *Chanur* nº 1; 1.981.
- **El regreso de Chanur;** C.J. Cherryh; Ediciones B; col. Ediciones B Nova nº 23; saga de *Chanur* nº 4; 1.986
- **La aventura de Chanur;** C.J. Cherryh; Ediciones B; col. Ediciones B Nova nº 14; saga de *Chanur* nº 2; 1.984.
- **La venganza de Chanur;** C.J. Cherryh; Ediciones B; col. Ediciones B Nova nº 16; saga de *Chanur* nº 3; 1.985.
- **Arrecife brillante;** David Brin; Ediciones B; col. Ediciones B Nova nº 103, serie de *La elevación de los pupilos* nº 4, 1.995.
- **La costa del infinito;** David Brin; Ediciones B; col. Ediciones B Nova nº 127, serie de *La elevación de los pupilos* nº 5; 1.996.
- **La rebelión de los pupilos;** David Brin; Ediciones B; col. Ediciones B Nova nº 79, serie de *La elevación de los pupilos* nº 3; 1.987
- **Los límites del cielo;** David Brin; Ediciones B; col. Ediciones B Nova nº 131, serie de *La elevación de los pupilos* nº 3; 1.998.
- **Marea estelar;** David Brin; Acervo; col. Acervo Ciencia Ficción y Fantasía nº 75, serie de *La elevación de los pupilos* nº 2; 1.983.
- **Navegante solar;** David Brin; Ediciones B; col. Éxito Internacional nº 139, serie de *La elevación de los pupilos* nº 1; 1.993.
- **Barrayar;** Lois McMaster Bujold; Ediciones B; col. VIB nº 284; 1991.



- **Cetaganda**; Lois McMaster Bujold; Ediciones B; col. Ediciones B Nova n° 89; 1.996.
- **El aprendiz de guerrero**; Lois McMaster Bujold; Ediciones B: col. Ediciones B Nova n° 33; 1.996.
- **El juego de los Vor**; Lois McMaster Bujold; Ediciones B; Ediciones B Nova n° 89; 1.990.
- **En caída libre**; Lois McMaster Bujold; Ediciones B; Ediciones B Nova n° 24; 1.988.
- **Ethan de Athos**; Lois McMaster Bujold; Ediciones B; Ediciones B Nova n° 106; 1.986.
- **Fragmentos de honor**; Lois McMaster Bujold; Ediciones B; Ediciones B Nova n° 157; 1.986.
- **Hermanos de armas**; Lois McMaster Bujold; Ediciones B; Ediciones B Nova n° 126; 1.989.
- **Los tres mosqueteros**; Alejandro Dumas; Edebé, 1.999.
- **El prisionero de Zenda** [Video]; guión de John L. Balderston y Noel Langley; adaptación de Wells Root; dirigida por Richard Thorpe; producida por Pandro S. Berman; Altaya, D.L. 1.998.

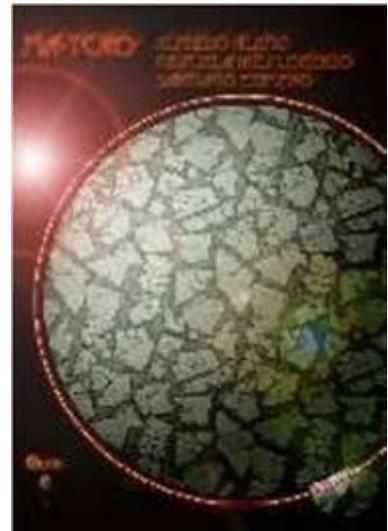


El rincón del lector

Ma-Ycro n° 0

El pasado cinco de mayo vio a la luz un nuevo fanzine, Ma-Ycro centrado en todas las facetas del terror y en menor medida en la fantasía oscura. Cuenta con muy buenos contenidos tres excelentes relatos de **Alfredo Álamo**, **Graciela Inés Lorenzo** y **Santiago Eximeno**.

Matinée de **Alfredo** nos habla de la extraña actuación de un mago ante un público imaginario. *Las manos* de **Graciela** es la opresiva historia de un ejecutivo que debe cambiar de trabajo. En ciertos aspectos, me ha recordado *La metamorfosis* de **Kafka**. *Barreras* de **Santiago** tiene como protagonistas dos niños unidos por su sorprendente afición a la fantasía.

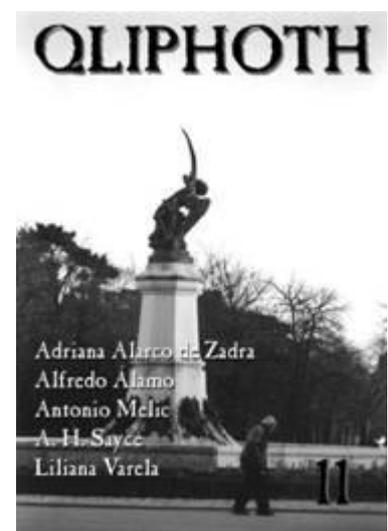


Desde aquí, queremos saludar esta nueva iniciativa y desearle larga vida al nuevo fanzine.

© José Joaquín Ramos

Qliphoth n° 11

Este mítico fanzine dedicado a la mitologías, en todas sus variantes, imaginarias o no, publicó no hace mucho, marzo de 2004, una interesante selección de cuentos en su número 11. *Desde la luna por el arcoiris*, un cuento de **Adriana Alarco de Zadra**, sin duda su mejor cuento, que nos narra la colonización del Amazonas desde el punto de vista de una niña indígena quién pasa de impuber a mujer en el transcurso del relato. *El Alquimista Chino* es el cuento de **Alfredo Álamo**. Está basado en la mitología china. Sospecho que en su concepto de creación sin movimiento, sin cambio, que dará al Ying y al Yang; aspectos estos últimos representados en el cuento por el confucionismo, filosofía que tanto le gusta a Yano, el rey del infierno, y el taoísmo representado por Gen Ho. De este conflicto surgirá





un cambio que, en realidad no cambia, nada. Pero eso no importa. *De Madre Araña a Demonio Escorpión*, de **Antonio Melic**, es el único artículo del volumen. Se trata de un estudio exhaustivo sobre el papel de estos interesantes bichitos en la mitología de las distintas culturas terrestres. *El lugar donde no había tumbas*, es un microcuento de **A. H. Sayce** que procede de una fábula egipcia. *El gato*, por **Liliana Varela**, está ambientado en el antiguo egipto y es una historia de ambición malograda.

© José Joaquín



Noticias

PARA UNA ANTOLOGÍA DE LA INJUSTICIA

El 12 de febrero de 2004, aproximadamente a las 03:00 hrs., **Gerardo Sifuentes Marín**, (30 años, escritor y becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes FONCA), y **Epigenio León Martínez**, (29 años, escritor y funcionario de CONACULTA), fueron detenidos por dos elementos de la policía preventiva del D.F. La detención ocurrió en la calle de Tehuantepec, colonia Roma, entre las calles de Acayucan y Ures, a diez metros del domicilio de **Gerardo Sifuentes**. En el Ministerio Público n° 3 de la Delegación Cuauhtémoc, se les acusó de robar un par de espejos de automóvil, según consta en la averiguación previa CUH-7T2/240/04-02. El viernes 13 fueron trasladados al Reclusorio Norte, aproximadamente a las 22:00 hrs. El día viernes 20 de febrero, la Juez Julia Ortiz Leandro del juzgado 42 del Reclusorio Norte, les dictó auto de formal prisión, por robo agravado.

Hace ya más de tres meses estos dos escritores mexicanos fueron encarcelados injustamente por las autoridades mexicanas. De entonces a hoy nada se ha podido resolver y aún continúan presos.

Los autores, lectores y quienes alguna vez hemos tenido algo que ver con la Ciencia-Ficción tanto en México como otros lados, hemos querido solidarizarnos y se han desplegado algunas acciones para ello, como depósitos para los gastos que se una antología literaria contra la injusticia con relatos de Ciencia-Ficción o no.

Por a todos los autores de habla hispana para esta antología, que será a modo de libro electrónico, participando con cuentos de extensión libre y con el tema de la Injusticia. La fecha límite es el 1 de junio y el formato de entrega será un adjunto en formato .rtf en la casilla de correo: editorial@revista800.com.

El libro se distribuirá en todos los sitios que sea posible y con el afán de denunciar las injusticias que se cometen a diario, no solo a escritores, sino también a todos aquellos que han padecido todo tipo de injusticias...

Reciban un cordial saludo y abrazos.

Dorian Cano Revista Literaria Ochocientos.	Gabriel Benítez Ciencia Ficción Mexicana.
---	--

Asociación de Ciencia Ficción Mexicana

[Fuente: Dorian Cano]